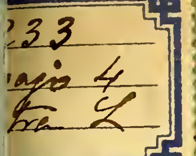


EL COLISEO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICO-DRAMÁTICAS,

DE

J. M. G.

LA HUÉRFANA DE GINEBRA.

8 REALES.

MADRID.

IMPRENTA DE CRISTÓBAL GONZALEZ,

SAN VICENTE ALTA, NUN. 52.

1864.

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS DE ESTA GALERIA.

DRAMAS Y COMEDIAS EN TRES O MAS ACTOS.

La urraca ladrona.
La huérfana de Ginebra.

PIEZAS EN UN ACTO.

El sastre del Campillo.
La caza del pollo.
Un sordao cumplio.
Un dia de azares.
Un gallego singular.
Una ganga.

Cuando se ejecute alguna obra, cuya propiedad ignoren los señores comisionados, exigirán el libro impreso, para si pertenecen esta Galería reclamar y cobrar los derechos.

LA
HUÉRFANA DE GINEBRA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

arreglado del francés

POR D. PEDRO ESCAMILLA.

Estrenado con gran éxito en el teatro de Novedades.



MADRID
1864
IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,
Plaza de los Ministerios, 2.

PERSONAS.	ACTORES.
TERESA	SRA. RASO.
MARQUESA	SRA. PEREZ.
BRÍGIDA.	SRA. SAMPELAYO.
JUANA.	SRA. N.
VALTER.	SR. GUERRA.
ABATE.	SR. PARDIÑAS.
CÁRLOS.	SR. MORENO.
PROCURADOR DEL REY. .	SR. CHAS DE LA MOTTE.
JUAN.	SR. CATALÁN.
BERNARD.	SR. HERNANDEZ.

Criados, aldeanos, guardas, etc.

(5.)

Este drama es el conocido con el nombre de *La Huérfana de Bruselas*, pero cuyo arreglo está hecho del original francés titulado: *Teresa ó la huérfana de Ginebra.* Al emprender este trabajo, se ha tenido en cuenta que, á causa de la accion absorbente del drama, el papel de Cárlos adolecia de languidez: sin ningun género de pretension, ridícula en todo caso, hemos procurado darle más movimiento, así como al de la Marquesa, cuidando, con respecto al lenguaje y algunos detalles de la obra, de ponerlos en más íntima relacion con la época actual.

Quede dicho que de ninguna manera hemos querido enmendar la plana al autor francés; si en el presente trabajo hemos obrado con acierto, el público lo dirá.

ACTO PRIMERO.

Jardin de la quinta: á la izquierda del actor fachada y puerta principal: á la derecha otra pequeña que conduce á la huerta; entre el primero y segundo bastidor un cenador con banco. Verja al foro, y campiña á lo lejos.

ESCENA PRIMERA.

BERNARD y JUAN.

JUAN. (Desde la puerta.) Dejad mi rucio en la puerta
principal; no tengais miedo
de que se escape; es muy manso...
yo voy entretanto al huerto
á coger ciruelas... (Bajando.) Con que,
señor Bernard, no es un cuento
lo que decíais?

BERN. No, amigo
Juanito, nada hay más cierto.
Mi señora la Marquesa

llegará aquí mismo, dentro
de un instante, acompañada
del señorito.

JUAN. Pues dejo
las ciruelas y me marcho
con vuestro permiso al pueblo.
Viniendo desde Paris
á la quinta, sin remedio
hay que pasar por la granja.
La señora, por supuesto,
querrá descansar en casa...
como Brigida es un leño,
y no sabe la noticia
no haria un recibimiento
decoroso á los señores...
Con que, mandar. (Va á salir.)

BERN. Hombre, quieto;
no hay que apresurarse tanto
ni azorarse, pues yo creo
que cuando vuelve con tal
prisa no perderá el tiempo
en vuestra casa.

JUAN. Es segun;
hoy es fiesta; habrá jaleo
en la granja, y ya sabeis
lo que agrada nuestro pueblo
á la señora; le gusta
más que Paris; como que ha hecho
construir un pabellon
en casa, con el objeto
de dormir cuando va ó viene,
y comer natas y queso
y beber leche de nuestras
vacas... Con que agur... apuesto
á que hace noche en la granja.

BERN. Hombre, por San Nicodemus...

ved lo que dice esta carta; (Sacándola.)
justamente aquí los tengo
y mis gafas... «Paris quince...» (Leyendo.)
es de ayer.

JUAN. Estoy en ello.

BERN. «Santiago, á las once en punto...»
¿Oís? Santiago el cochero.

JUAN. Sí, Santiago el de los de... (Hace ademan de beber.)

BERN. Pues... «Tendrá el coche dispuesto...»

JUAN. Seguid.

BERN. «Dispuesto en la granja
»de Juan el Rubio...»

JUAN. ¿Estais viendo?...
en la granja, ya decia
yo!

BERN. Dejad que acabe.

JUAN. Dejo.

BERN. «Para mandar la berlina
»á Paris, y seguir luego
»más cómodamente el viaje
»á la quinta, donde espero
»llegar antes de las doce...»

JUAN. ¡Paciencia! Otra vez tendrémos
el gusto de que en la granja
se hospede... Mucho lo siento
pero alguien se alegrará
en la quinta segun creo.

BERN. ¿Quién?

JUAN. ¡Toma! La señorita
Enriqueta.

BERN. Hablad más quedo.

JUAN. Nadie nos oye... ¿y qué importa!

BERN. Si supierais...

JUAN. ¡Eh!... ¿qué es ello?

BERN. (Con misterio.) Hay novedades, amigo
Juanito, creedme.

JUAN. Pero...
BERN. Hay novedades, repito.
Luego á las doce tendrémos
aquí al notario.
JUAN. ¡Jesus!...
¿Con que al fin el casamiento
del señorito y la huérfana...
BERN. ¡Callad, por Dios!
JUAN. ¿Qué?
BERN. Silencio.
JUAN. Ya, ya sé que la Marquesa,
que es noble y rica en estremo,
y... orgullosa, aunque muy buena
señora, verá con ceño
esa boda. Una muchacha
sin relaciones, sin deudos,
que nadie sabe quién es
ni de dónde viene...
BERN. Pero
¿quereis callar? ¡Cuando digo
que hay novedades!... no puedo
deciros más por ahora...
en fin, porque yo me entiendo,
y no sé más...
JUAN. ¡Por mi nombre!...
daria yo muy contento
cien fanegas de cebada
porque esa boda en efecto
se hiciera, sólo por ver
á mi Brigida... ¡Qué empeño!
Siempre me está predicando:
«ese amor va á ser funesto
para los dos; la muchacha
no tiene padres ni abuelos...
quién sabe de dónde viene...»
¿Y sabeis lo que contesto?

Que la huérfana es amable,
seductora, y un modelo
de virtud, y que estas prendas
pueden suplir con el tiempo
á parientes y doblones.
¿No digo bien?

BERN. Es muy cierto;
sin embargo, los doblones,
amigo Juan, siempre fuéron
doblones, y la belleza...
ya veis, en llegando á viejo...
esto no es decir... es claro...
porque... en fin... y por supuesto...
¿estais?

JUAN. Sí, soy en el fondo
de igual opinion... ¿Qué veo? (Mira el reloj.)
Son las diez y hay una legua
de camino... Vaya, os dejo.

BERN. Hombre, y las ciruelas?

JUAN. Ya
las llevaré... voy corriendo;
Brigida estará impaciente...

BERN. Os acompañaré.

JUAN. Quieto.

BERN. Hasta la puerta del parque
donde espera el rucio.

JUAN. Bueno;
muchas gracias por los dos.

BERN. No reveleis mi secreto.

(Salen por la verja: luego aparece Valter reconociendo el sitio, con un libro de memorias en la mano.)

ESCENA II.

VALTER.

Por las señas que me han dado,
la quinta creo que sea...
A una legua de la aldea (Mirando el libro.)
dejando el molino á un lado...
Sí, no hay duda ; ¿podré dar
con mi fugitiva?... ¡Oh!
desde Ginebra se huyó
há seis meses sin dejar
huella alguna á mi venganza...
Las señas que he ido adquiriendo
casualmente, van haciendo
realizable mi esperanza.
La jóven que han hospedado
aquí, Enriqueta se llama...
¿Quién sabe? Acaso la fama
de su crímen la ha obligado
á ocultar su nombre... sí;
no puede Teresa usar
el suyo sin declarar
quién es... Mas tambien oí
que el hijo de la Marquesa
la pretende por mujer...
ese amor pudiera ser
un obstáculo á mi empresa.
Dicen que en Paris están...
me alegro, pues de ese modo
podré averiguarlo todo
y satisfacer mi afan
preguntando á algun criado.
Si es ella... líbrela Dios,

pues frente á frente los dos...
¿Quién llega?

ESCENA III.

VALTER.—BERNARD.

BERN. Ya he despachado.
Son las diez y como digo...
VALT. (Es uno de los que aquí
hablaban.)
BERN. Lo que es por mí...
(Repara en Valter que se adelanta y saluda.)
¡Ola!... ¿quién?...
VALT. Agur, amigo.
BERN. Besoos las... (no le ví entrar...
¿Quién será este forastero?...)
¿A quién buscais, caballero?
(¡Qué amigo tan singular!)
VALT. ¿Sois de casa!
BERN. Sí, señor,
y me llamo Saturnino,
Eleuterio, Maturino
Bernard, vuestro servidor.
Hace cuarenta años ya
que el pan de la casa como,
sirviendo de mayordomo,
yendo de aquí para allá
desde que el dia amanece
hasta que la noche llega,
del terrado á la bodega...
¿pero en fin, qué se os ofrece?
VALT. (Tomarémos un pretesto
para ver cómo se esplica.)
BERN. (A fé de Bernard no indica
cosa muy buena ese gesto.)

VALT. ¿Podeis hacerme el favor
de anunciarme?

BERN. ¡Buena es esa!...
¡Conoceis á la Marquesa!...
¡Ah! perdonadme, señor... (Saludando.)
¡Como nunca os ví!... no están
en la quinta la señora
ni su hijo; dentro de una hora
lo más tarde volverán.
Pero os puede recibir
la señorita Enriqueta.

VALT. ¿Está aquí?... (Con viveza.)

BERN. Siempre sujeta:
la gusta poco salir.

VALT. (Es ella.)

BERN. Tiene un profundo
horror al mundo, y en él
pudiera hacer gran papel (Con énfasis.)
con las gentes del gran mundo.

VALT. Oí hablar de esa doncella
con mucho elogio.

BERN. Es verdad.

VALT. Y... ¿cuál puede ser su edad?

BERN. Diez y seis años.

VALT. (Afirmándose.) (Es ella.)
¿Bonita?

BERN. Como una flor.
(Vaya un hombre impertinente!)
¿Será acaso algun pariente?

VALT. ¿Y su familia?...

BERN. Señor,
son muy hondas segun veo
vuestras preguntas; parece
que á cada respuesta crece
vuestro interés?

VALT. Yo lo creo.

BERN. (No hay duda, es algun pariente.
Tratemos de contestar;
por si llego á averiguar
algun otro antecedente.)

VALT. Ello es que hospitalidad
vuestra señora la dió
sin conocerla.

BERN. Sí y no...
sin conocerla... es verdad.
Mas bastaba á lo que entiendo
que el buen abate Ferté
hablase por ella.

VALT. ¡Eh!
¿Desde Paris?... no comprendo...

BERN. Si está aquí... ¿pues no sabeis?

VALT. Hace poco que he llegado
á Francia, y no me he enterado...
por lo tanto no estrañeis.

BERN. Pues sí, señor; ese anciano
por sus achaques y edad
prefiere la soledad
al bullicio cortesano,
y así buscó este apartado
lugar, que por su fortuna
meció algun dia la cuna
de un hombre tan respetado.

VALT. ¿Pero cómo conoció
á Enriqueta para haberla
recomendado y traerla?

BERN. Oid lo que sucedió.
Sin ser indiscreto á fe
puedo decir... nadie ignora...
un dia con la señora
habló el abate Ferté.
Y con emocion sincera
dijo que una desgraciada

jóven, medio aniquilada
por la fatiga, extranjera,
acababa de llegar
á la quinta á pié y sin norte,
buscando alguien en la córte
que la quisiera amparar.
Mi señora, á quien el cielo
dió un alma tan noble y buena,
quiso á tan amarga pena
procurar algun consuelo.
La interrogó con afan,
pero la jóven lloraba
diciendo que mendigaba
sola en el mundo su pan.
Que iba del destino en pos
por ganarle honradamente,
que no tenia un pariente
ni á quien pedir sino á Dios.
Que se llamaba Enriqueta,
y al morir su bienhechora,
á la desgracia traidora
bien pronto quedó sujeta.
Pero hizo esta relacion
con voz tan conmovedora
que no dudó mi señora
en darla su proteccion
admitiéndola en la casa,
donde todos á porfía
la rinden desde aquel dia
respeto y amor sin tasa.

VALT. Os doy mil gracias, señor
Bernard; cuanto habeis contado
mi interés ha despertado.

BERN. Entonces tanto mejor.
¿Sois pariente?

VALT. No, en verdad.

BERN. ¡Cómo que no! ¡Pues me estrañan
las preguntas que acompañan
á vuestra curiosidad!

VALT. Haceis mal en inquietaros.
(Aprovecharé un instante
para hablarla aquí.)

BERN. No obstante
si quereis iré á anunciaros
á la señorita.

VALT. No.
Permitid que agradecido
á cuanto os he merecido,
me retire.

BERN. Pero yo
quisiera que vuestro nombre
dejaseis...

VALT. No es necesario.

BERN. ¿Volvereis?

VALT. Tal vez. (Retirándose muy despacio.)

ESCENA IV.

BERNARD.

¡Canario!
(Despues de verle salir.)
¡A fe que es bien raro el hombre!
Y me pesa haberle dado
noticias... mas yo creia
que algun pariente seria...
¡habló tan interesado
por la huérfana!... no sé
qué pensar... y cómo asi
me sorprendió... Ya está aquí
el buen abate Ferté.

ESCENA V.

DICHO. — EL ABATE.

ABATE. Muy buenos dias, Bernard.
BERN. Dios guarde al señor abate
que tanto nos favorece
y tanta dicha nos trae.
Voy á daros una nueva;
dentro de breves instantes
volverá aquí mi señora...
ABATE. Ya lo sé.
BERN. ¡Vírgen del Cármen!
¿Quién ha podido deciros?
ABATE. Me escribió ayer por la tarde
Enriqueta; id á avisarla
que aquí la espero.
BERN. (¡Qué diantre!
y yo que me presumia!...)
ABATE. Me hareis un favor notable
diciéndola...
BERN. Voy al punto.
(Vamos, aquí hay novedades;
el abate y el notario
avisados... no hay que darle
vueltas... esto huele á boda...
sólo ese extranjero me hace
sospechar... á mi señora
cuando llegue he de dar parte...)
(Entra en la quinta.)

ESCENA VI.

EL ABATE luego TERESA.

ABATE. ¿Por qué con tanta premura
Enriqueta quiere hablarme
antes de que la Marquesa
llegue con su hijo? Es grande
mi curiosidad, y temo
algun desgraciado lance
sin saber por qué ni cómo...

TERESA. (Saliendo con alguna turbacion y besándole la mano.)
¡Oh, padre mio! Sí, padre...
me habeis permitido daros
un nombre tan adorable
para el corazon del huérfano...

ABATE. ¿Hija mia, de qué nace
la turbacion que ese rostro
espresa?... ¡Llorais!... ¿Tan grave
es vuestra pena?

TERESA. En el mundo
no poseo en este instante
más que vuestra estimacion,
vuestra bondad... si faltase
este consuelo á mi pecho...

ABATE. ¿Y ese pensamiento os hace
infeliz?... ¿me habeis creido
tan injusto?

TERESA. ¡Ah! perdonadme,
y al oir cuanto ahora os diga
no, no me creais culpable.

ABATE. ¡Culpable vos! ¿y de qué?
Vamos, fuerza es serenarse;
hablad, os escucho atento,
no dudeis de mis bondades.

TERESA. (Con timidez.) El señor Cárlos...
ABATE. Os ama,
lo sé, y un honor muy grande
recibís, porque ese amor
no es inspirado por frágiles
atractivos, sino por
vuestras virtudes; no obstante,
no sin alguna inquietud
le he visto desarrollarse.
TERESA. ¡Oh! nunca me he alucinado;
conozco que por mi clase
y mis desgracias no soy
digna de amor tan notable.
ABATE. Mas... ¿vos le correspondeis?
TERESA. Jamás le he dicho...
ABATE. ¿Ignorante
está Cárlos?
TERESA. No lo creo.
ABATE. ¿Y cómo mira su madre
ese amor?
TERESA. Todo debia
persuadirme á que negase
su consentimiento: ved
esta carta; (Dándosela.) Cárlos me hace
partícipe de su dicha...
¡El gozarla era tan fácil! (Llorando.)
ABATE. (Despues de leer.)
¡No comprendo vuestras lágrimas!
Cárlos os ama; señales
de afecto os da la Marquesa
cuando sus brazos os abre,
y vais á cambiar el sí
con él dentro de un instante;
amor, fortuna, amistad
os brindan sus inefables
delicias y vos llorais!

TERESA. ¡Ah! nunca fuí, Dios lo sabe,
tan digna de compasion!
Todos van á abandonarme ..
ABATE. ¡Qué decís!...
TERESA. En vos confio...
os diré la verdad; nadie
podrá darme más consuelo
ni cual vos aconsejarme,
y aun á costa de mi vida
la senda que me trazareis
he de seguir.
ABATE. Pero en fin,
¿qué misterio inesplicable?...
TERESA. Enriqueta no es mi nombre.
ABATE. ¡Cómo! (Con severidad.)
TERESA. (La Vírgen me ampare!)
Habreis oido sin duda
hablar de una miserable
jóven, muy infortunada,
que por un crímen infame
fué sentenciada en Ginebra...
ABATE. ¿En Ginebra? sí, sí... hace
algun tiempo... se llamaba
Teresa... ¡Vuestro semblante
se turba!
TERESA. Yo soy Teresa.
ABATE. (Rechazándola instintivamente.)
¡Dios mio!... ¡vos!
TERESA. ¡Amparadme! (Arrodillándose.)
Soy inocente, os lo juro.
ABATE. Bien, alzad; aunque culpable
fuerais, Dios perdona siempre
al que se humilla... no en balde
implorareis su favor
si es vuestro pesar tan grande.
¿Pero en fin, de qué manera?...

TERESA. Oid, señor, y juzgadme.
No os engaño al afirmar
que ignoro á quién debo el sér...
quien nació para penar,
nunca debe pretender
su orígen averiguar.
Me adoptó desde la cuna
la baronesa de Gracia.
¡Sarcasmo es sin duda alguna
el que deba la desgracia
su orígen á la fortuna!
¡Pobre bienhechora mia!
¡Cuánto á su niña queria!
Con qué placer la miraba
cuando la niña reia
con los besos que la daba!
¡Ay! sus caricias ardientes
y su ciego frenesí
despertaron contra mí
el odio de sus parientes
á quienes nunca ofendí.
Murió... Entonces empezaron (Llorando.)
mi desdicha y mi tormento.
Cierto dia me llamaron,
porque justo lo juzgaron,
para abrir su testamento.
En él con sorpresa mia
heredera me instituia
de su título y riqueza...
¡á aquella huérfana hacia
de la primera nobleza!
¡Cuán funestos sus favores
fuéron! Su familia entera
protestó con mil clamores
y con mil lazos traidores...
¡Cual si la culpa tuviera!

Aquella disposicion,
causa de todos mis males,
de mi desgracia ocasion,
fué por ellos con teson
llevada á los tribunales.
Eran ricos; concertaron
mi pérdida; y con vil modo
de falsedad la atacaron...
Yo quise dejarlo todo,
todo, pero me engañaron.
Un hombre, un mónstruo infernal
á defenderme salió...
yo le creí por mi mal.
¡Me pareció tan formal,
y era tan cándida yo!
Además, mi bienhechora
le honraba con su amistad;
era letrado... En verdad,
¿pude yo en aquella hora
tener otra voluntad?
No podré decir, señor,
los medios que se emplearon
contra mí... ¡me causa horror!
¡Hasta testigos pagaron
contra mi fama y honor!
Jóven, con mi inexperiencia,
confiada en la sentencia
no me quise defender,
pues Valter prometió hacer
que triunfase mi inocencia.
De conferenciar privada
con mis jueces, no sabia
absolutamente nada,
y un dia... ¡terrible dia!
señor, me ví sentenciada.

ABATE. ¡Gran Dios! Pero aún os quedaba

el recurso de apelar.

TERESA. Valter, que me aconsejaba,
al punto me hizo escapar.

ABATE. ¡Y el traidor os engañaba!

TERESA. Entonces lo conocí,
pero ya no era ocasion.
Además, ¡pobre de mí!
temblaba, temblaba, sí,
ante aquella ejecucion.

ABATE. ¡Infeliz!

TERESA. Lo que despues
ha llamado mi atencion
á más de su ruin traicion,
es el ardiente interés
de su infame corazon.
Así que fuí sentenciada
y que me vió deshonrada
me hizo de su amor testigo
queriendo unirse conmigo...
Yo rechazé horrorizada
su infame proposicion,
y una noche abandoné
la ciudad con precaucion,
llevando en mi corazon
angustia, dolor y fe.

ABATE. ¡Desdichada!... Considero
que ese acento verdadero
de un alma inocente sale...
la mentira no se vale
de un lenguaje tan sincero.
A impulso del corazon,
hija mia os he llamado;
como hija mi proteccion
os daré, que es muy sagrado
deber en esta ocasion.

TERESA. ¿Con que no me abandonais?

ABATE. Nunca; pero es necesario
que lo que os ordene hagais.

TERESA. Hablad.

ABATE. Fuerza es que salgais
de este suelo hospitalario.
No podeis aquí habitar
más tiempo.

TERESA. Hoy debo firmar
el contrato.

ABATE. Sí, por Dios,
que ese acto preliminar
no os compromete á los dos.
Procurad que nadie advierta
en vuestros ojos el llanto
ni señales de quebranto,
y esta noche estad alerta.
A una legua del lugar
hay una aldea escondida
donde vive retraida
mi hermana; debeis estar
junto á la fuente del Tilo
esta noche; iré á buscaros,
y así que logre dejaros
en un albergue tranquilo,
á Ginebra partiré.

TERESA. ¿Vais á Ginebra? ¡Dios mio!
Ya es tarde!

ABATE. No, yo confio
en triunfar y... triunfaré!
Para hacer que la verdad
resplandezca, es suficiente
un acento que elocuente
hable con autoridad.
Vuestra inocencia me inspira
una conviccion entera:
no será la vez primera

que confunda la mentira.
Dios sobre todo que ve
mi afan y vuestra inocencia,
dará á mi voz elocuencia
y fortaleza á mi fe.

TERESA. ¡Oh, qué bondad!

ABATE. No, es deber;
quien el bien quiere enseñar,
el bien debe practicar.
Adios pues; es menester
preparar lo conveniente...
Valor, Teresa, valor;
esperad en el Señor
que protege al inocente.

(Sale por el fondo.)

ESCENA VII.

TERESA.

¿Conque ya se ha decidido
mi suerte? ¡Dios de bondad!
¡Cuando iba á ser tan feliz!...
cuando se iba á confirmar
mi esperanza y mi ventura...
¡Dios mio!... ¿qué pensará
Cárlos al apercibirse
de mi conducta falaz?
¿Qué pensará la Marquesa?
Hora siniestra y fatal
fué aquella en que de este asilo
vine la calma á turbar.
Pero yo te juro, Cárlos,
que otro hombre no logrará
de mi corazon tu imágen
ni tu memoria borrar.

Oigo ruido... es la señora
Marquesa... ya llegan... ¡Ah!

ESCENA VIII.

TERESA. — BERNARD.

BERN. (Apresurado.) Señorita, señorita
Enriqueta.
TERESA. ¿Qué?
VOCES. (Dentro.) ¡Bernard!
BERN. Ya voy... os estoy buscando
por todas partes... bajad
al punto que ya entra el coche
en el patio... ¡Voy allá! (Contestando adentro.)
¿No os apresurais?
TERESA. Sí, sí... (Ruido dentro.)
BERN. ¡Dale con tanto gritar!...
Abrid la puerta en seguida...
Si no voy no callarán... (Sale.)

ESCENA IX.

TERESA. — CÁRLOS.

TERESA. Ya me abandona el valor,
mi vista se desvanece
y á cada instante parece
mi desventura mayor.
CÁRLOS. ¡Enriqueta!...
TERESA. ¡Cárlos!... ¡Ah! (Deteniéndose)
CÁRLOS. ¿A recibir no salís
á mi buena madre? ¿Huís
de su presencia quizá?...
¿Estais llorando?... ¿Qué veo?
¿La causa de mi venida

os hace estar afligida
engañando mi deseo?

TERESA. ¡Ay, Cárlos, esa cruel
sospecha no he merecido!

CÁRLOS. Ya sé que hubiera debido,
siendo á la costumbre fiel,
pedir su consentimiento
á mi querida Enriqueta;
pero aquí una voz secreta,
no sé qué presentimiento
me respondia por vos.
Ya sé que hoy en vuestro estado
vos no hubierais aceptado
la dicha para los dos,
sin que mi madre nos diera
su más ámplia aprobacion.
Ahora vuestra absolucion
mi tierno cariño espera
¡Pero, advierto una tristeza
en vuestro bello semblante!...
Temores tal vez de amante
¿ó tal vez cruda certeza
de un rigoroso desvío?

TERESA. No me juzgueis de esa suerte,
Cárlos; juro hasta la muerte
amaros.

CÁRLOS. En ello fio...
idea consoladora
que es mi esperanza mayor.

TERESA. (¡Y perder hoy tanto amor!)

CÁRLOS. Mi madre llega.

ESCENA X.

DICHOS. — LA MARQUESA. — BERNARD. — CRIADOS.

TERESA. (Echándose á los piés de la Marquesa que la abraza.)
Señora.
MARQ. En los brazos de una amiga,
de una madre estar debeis.
TERESA. ¡Qué bondad!
MARQ. La mereceis...
mi cariño á ello me obliga.
¿Encontrasteis al notario,
Bernard?
BERN. Le encontré, señora;
vendrá aquí á las doce.
MARQ. Ahora
avisar es necesario
á nuestro amado pastor
el abate.
BERN. Estaba aquí
hace poco, pero oí
que Anastasio el leñador
víctima de una dolencia,
viéndose en el último grado
por el doctor deshauciado,
reclamaba su presencia.
MARQ. Me lo han dicho. Vé, hijo mio,
(Dándole una bolsa.)
y alíviense por tu mano
los dolores de ese anciano.
BERN. De su estado desconfio.
MARQ. De paso ruega al señor
abate que te acompañe,
y dile, porque no estrañe,
la causa de ese favor.

CÁRLOS. Voy al punto. Amiga mia, (A Teresa.)
por qué llorais?... ¿qué teneis?...
TERESA. Pronto de ver dejareis
este llanto de agonía...
(Cárlos la besa la mano y sale.)

ESCENA XI.

DICHOS menos CARLOS.

MARQ. ¿Habeis dispuesto el salon,
Bernard?
BERN. En breves momentos
lo estará, y los aposentos
tambien... Con la confusion...
MARQ. Es inútil, nos volvemos
á Paris.
BERN. (¡Bravo!... se va
todo el mundo... Claro está
que novedades tenemos.)
A propósito, señora,
¿conoceis á un extranjero
alto, enjuto, muy parlero,
que estuvo aquí hará... una hora?
Es un hombre singular;
ojos, cejas y cabello
muy negros; largo de cuello...
no cesó de preguntar
mil cosas acerca de
la señorita...
TERESA. ¿De mí?
MARQ. ¿Dijo su nombre?
BERN. No fuí
tan dichoso, aunque le insté.
MARQ. ¿Quién será?... (A Teresa.) ¿no adivinais?
TERESA. No, señora.

BERN. Como vuelva
preciso es que se resuelva...
MARQ. Bien; entonces me avisais.
(Le hace seña de que despeje.)

ESCENA XII.

LA MARQUESA.—TERESA.

MARQ. Ahora escuchad, Enriqueta.
Ya visteis que al aprobar
esta boda, no me atengo
más que á la felicidad
de mi hijo; otra os hubiera
hecho un cargo á no dudar,
de vuestra suerte precaria,
de vuestra misma orfandad,
que un nombre sin apellido
solamente ós pudo dár.
Yo no; veo vuestras prendas,
vuestro corazon leal;
vuestras ideas, exentas
de torpe malignidad;
y con ellas equilibro
otra exigencia, quizás
necesaria para el vulgo
aunque para mí falaz.
La confianza suprema
y el amor que me inspirais
son para mí nobles dotes
que suplen á lo demás.
TERESA. Señora, en el alma mia
todo tan impreso está,
que en un siglo que viviera
no lo podria olvidar.
MARQ. Pues bien, sólo ahora me resta

deciros, si es la verdad
cuanto me habeis confiado.
Por vergüenza ó cortedad,
¿no habeis ocultado nada?
Ved á qué negro pesar
á vuestro esposo espondriais,
si en un instante fatal
nos revelase el acaso
falta de sinceridad
en vuestras palabras.

TERESA. ¡Oh!
Señora, no lo creais.
Vuestro hijo no corre el riesgo
de tener que lamentar
un dolo, ni en ningun tiempo
mi cariño le espondrá
á una afrenta: no sé nunca
el bien con el mal pagar,
y á aquel que por bien me obliga
el bien le doy nada más.

MARQ. Basta; os creo, hija querida;
mi corazon maternal
sobre este punto tranquilo
y muy satisfecho está.
Disponeos, que va al punto
la ceremonia á empezar.
Adios, y hacedle feliz. (Abrazándola.)

TERESA. ¡Os juro que lo será!

(Teresa le besa la mano: la Marquesa entra en la quinta y aquella, abatida y triste, se sienta en el banco. Valter sale con cuidado por la verja y se acerca poco á poco.)

ESCENA XIII.

TERESA. — VALTER.

VALT. Muy bien; estoy enterado
de todo; el notario va
á llegar, se firmará
ese pacto concertado,
y á Paris marchan despues.

TERESA. ¡Dios mio! ¿en qué he delinquido
para haberme así abatido
tan duramente?

VALT. (¡Ella es!)

TERESA. ¡Valter! (Viéndole.)

VALT. El mismo, señora
Teresa.

TERESA. (Vivamente.) ¡No pronuncieis
ese nombre!

VALT. ¿Qué temeis?...
¿No es el vuestro?

TERESA. ¡Me devora..
el pesar!... ¡Estoy perdida!

VALT. Ya dí al fin con vuestra huella,
gracias á mi buena estrella
que á vengarme me convida.

TERESA. ¿Pero cuál es vuestro intento?

VALT. No lo ignorais, ya os lo he dicho...
y no es un vano capricho.
Vais á ser mia al momento.

TERESA. Nunca; despues de engañar
mi buena fe, mi candor,
cuando un fallo acusador
me ha venido á deshonrar
por culpa vuestra, ¡creeis
que debo amaros?... ¡Ah! no;

ni puedo aceptaros yo
ni vos quererlo debeis.
Antes bien, si un pensamiento
de compasion os inspiro,
huid... cuanto más os miro
más desdichada me siento.

VALT. Pronto estoy á retirarme
si me seguis.

TERESA. (Con espanto.) ¡Yo con vos!

VALT. (Asiéndola.) ¡Ah! pensabais, vive Dios,
escaparos... engañarme!...

TERESA. ¡Huid!

VALT. Vengo á revelar
vuestro proceder nefando,
con el que estais abusando
de esta morada; á quitar
de vuestro rostro insolente,
Teresa, falsa Enriqueta,
esa hipócrita careta
con que engañais á la gente;
á descifrar el arcano
á ese... Cárlos, mi rival,
y el inmundo lodazal
que acepta con vuestra mano.

TERESA. No os goceis en mi desgracia,
os lo pido por favor...
Vedme de hinojos, señor.

VALT. Quiero haceros esa gracia. (Levantándola.)
Soy aquí desconocido,
así pues nada temais...
pero es fuerza que me oigais,
vive Dios, ó arrepentido
de mi perdon, os delato.

TERESA. No, no, hablad que ya os escucho.

VALT. Y ved que os importa mucho
el oir bien mi relato.

Hoy á descifraros cedo
mi proceder anterior,
para que aprecieis mejor
lo que soy y lo que puedo.
De vuestro destino dueño
me quise algun dia ver;
los medios que hice valer
para conseguir mi empeño
hijos son de mi paciencia,
y á contarlos no me avengo;
básteos saber que ahora tengo
pruebas de vuestra inocencia;
que yo puedo disipar
las intrigas, los amaños
de parientes y de estraños
para haceros sentenciar.
Que si entonces fuí traidor,
hoy puedo hacer que os absuelvan
y juntamente os devuelvan
hacienda, fama y honor,
y un título de nobleza
que él sólo bastante es
para hacer que á vuestros piés
humillen tanta vileza.
Todo esto es lo que en conciencia
puedo devolveros ahora
si á mis proyectos, señora,
no oponeis más resistencia.

TERESA. ¿Qué decís, Dios soberano?...

VALT. Estais muy interesada
en obedecerme... (Movimiento de Teresa.) Nada
de réplicas; es en vano...
si vuestro desvio cesa,
probaré ante quien lo exija,
Teresa, que sois la hija...

TERESA. ¿De quién?

VALT. De la baronesa
de Gracia.

TERESA. ¡ Dios poderoso !...
¡ Mi madre !... ¡ mi bienhechora !...

VALT. Unióse aquella señora
en secreto con su esposo ;
porque su familia toda
odiaba al baron : murió,
y entonces no se atrevió
á hacer pública su boda ;
pero os adoptó al morir.
Yo tengo ese documento
que me da en este momento
todo vuestro porvenir.
Porvenir bello, dichoso
os reserva ese papel ;
mas no me separo de él
sino siendo vuestro esposo.

TERESA. Penetro vuestra intencion
de que yo mi esposo os llame :
mas no será tan infame
ni tan vil mi corazon.
Vuestro cariño acendrado
conozco sin duda alguna...
con mi mano mi fortuna
pretendeis, hombre malvado !
Yo nunca descenderé
á vuestra alma tenebrosa...
jamás seré vuestra esposa.

VALT. (Con calma glacial.) ¡ Estais loca, por mi fe !
¡Nunca, cuando en mi poder
os puso la suerte impía !
¡ Cuando á una palabra mia
puede ese orgullo ceder !...
¿Ignorais que á Dios le plugo,
ó á vuestro sino espantoso

que al odiarme por esposo
me temais por un verdugo?
¿Que mi amor os asegura
una vida placentera,
y que sin él os espera
el suplicio y la amargura?
¡Nunca! ¡Oh! tened gran cuidado
con lo que voy á esponeros: (Con resolucion.)
no trataré de perderos
si no me veo obligado.
Os hablo en vuestro provecho;
amais á ese hombre, él os ama,
pero apagad esa llama
que os puede abrasar el pecho.
(Señalando al foro.)
Desde allí oculto os espio:
si vuestro empeño no cesa
y dais un paso... Teresa,
ya me conoceis.

TERESA. ¡Dios mio!

VALT. Os delato!

TERESA. No, callad!
No seré nunca su esposa,
pero esta angustia horrorosa
halle en vuestra alma piedad.

VALT. Llegan... Mañana os tendré
segura bajo mi amparo.

TERESA. ¡No!

VALT. Vuestro crímen declaro. (Dando un paso.)

TERESA. Huid... obedeceré.

VALT. No olvideis que oculto os veo.

(Va á salir por la verja, pero ve gente y vuelve á la escena: Teresa espantada le indica la puertecilla de la huerta donde Valter se oculta. Al mismo tiempo sale de la quinta la Marquesa, mientras Cárlos y el Abate aparecen por la verja.)

ESCENA XIV.

LA MARQUESA.—TERESA.—CARLOS.—EL ABATE.
Luego BERNARD.

CÁRLOS. Madre mia, ya ha llegado
nuestro amigo.
ABATE. Apresurado
por cumplir vuestro deseo.
MARQ. Ya conoceis la ocasion
que hoy nos reune; así pues,
vuestra presencia nos es
de gran significacion.
Como Pastor servireis
de testigo en el contrato,
y como protector nato
de la huérfana, estareis
cual tierno padre á su lado.
ABATE. Decís bien, señora, á fe.
(Tomando á Teresa una mano y mirándola con intencion.)
De padre la serviré
con mi cariño acendrado.
No debe dudarlo.
TERESA. (Al Abate.) (No
me abandoneis!)
ABATE. (A Teresa.) (Hija mia,
valor; llegará algun dia
en que aquí os reciban... ¡Oh!
sí, llegará!) (Con acento de conviccion.)
BERN. (Saliendo.) Ya el notario
espera.
CÁRLOS. (A Teresa.) Vuestras miradas
inquietas y estraviadas
están... es estraordinario
ese temblor!
TERESA. ¡Oh, no tal!...

(Mirando hácia la huerta.)
(No está aquí!)

MARQ. ¡Tanta emocion!

ABATE. La disculpa la ocasion,
es cosa muy natural...
Vamos.

TERESA. (Al Abate.) ¿No advertís, señor,
algun estrangero aquí?

ABATE. No por cierto.

MARQ. Vamos, sí.

TERESA. (¡Temblando estoy de pavor
y falta al pecho el aliento!)

CÁRLOS. Venid, querida Enriqueta,
á hacer mi dicha completa.

MARQ. Entremos pronto.

(Cárlos presenta la mano de Enriqueta al Abate y toma la de su madre; Bernard y los criados se retiran para dejar el paso libre. Entonces Valter atraviesa la escena y se coloca junto á las gradas de la puerta. Teresa no viéndole en la puertecilla de la huerta, se acerca la primera, con el Abate, y al ir á subir se presenta Valter.)

ESCENA XV.

DICHOS. — VALTER.

VALT. Un momento.

TERESA. ¡Ah! (Cae desmayada en los brazos del Abate.)

CÁRLOS. ¡Enriqueta! (Corre hácia ella.)

MARQ. ¡Cielo santo!

(Todos miran á Valter con sorpcesa; él afronta las miradas con tranquilidad aparente.)

BERN. No, no me engaño... el señor
es el que me hizo el honor
de preguntarme con tanto
interés, hace muy poco,

por la señorita... pues...

MARQ. ¿Este caballero?

VALT. Es cierto.

BERN. (¡Qué ojazos de loco!)

MARQ. Y bien, ¿quién sois?... ¿cómo así
vuestra vista inesperada
ha dejado trastornada
á esta jóven?

TERESA. ¡Ay de mí!

VALT. Os lo diré brevemente;
á reclamarla he venido
tan solo.

CÁRLOS. ¡Cielos!

MARQ. ¡Qué he oido!

BERN. (Bien dije yo, era un pariente.)

CÁRLOS. ¡Enriqueta!

VALT. No, no es...

TERESA. ¡Ah! por compasion callad! (Arrodillándose.)
á vos me entrego, mandad.

CÁRLOS. ¡Vos, Enriqueta, á sus piés!

VALT. Salgamos. (A Teresa.)

CÁRLOS. (Interponiéndose.) No sin dejarme aclarado...

MARQ. Está en mi casa
y nadie á tal se propasa.

VALT. Entonces, voy á esplicarme.

(Teresa hace un movimiento.)

Pero no; su desventura
me traspasa el corazon.
Yo imploro vuestro perdon
en pró de esa criatura.
Mi deber de hombre leal
me impone esta amarga pena.

(Presenta un papel á la Marquesa.)

Leed: es una condena

que ha dictado el tribunal
de Ginebra. (A Cárlos.) Ved á quien
vais á dar vuestro apellido.
Por este favor os pido
que sólo con el desden
castigueis su fingimiento,
no tratando de esponerla
á que pueda conocerla
quien vaya en su seguimiento.
Contando con un piadoso
silencio, leed.

(Cárlos y la Marquesa leen: Valter se sonrie mirando á Teresa; el Abate le contempla con atencion.)

CÁRLOS. ¡Gran Dios!

MARQ. ¡Miserable, y erais vos! (A Teresa.)

CÁRLOS. ¡Oh!... pero esto es horroroso!
(A Valter.) Temblad si mentido habeis.
¿Y bien, Enriqueta... sí,
sólo á vos creo...

TERESA. ¡Ay de mí!
Es cierto lo que leeis.

CÁRLOS. ¡Ah!...

TERESA. ¡Pero soy inocente!

CÁRLOS. ¿Lo oís, madre?

MARQ. ¡Qué estravío!
Y qué, ¿pensais, hijo mio,
que quien obra así no miente?
¿Irá ella misma á acusarse
de una accion tan depravada?
A más; está sentenciada
y ya no puede borrarse
esa mancha. Comprender (A Teresa.)
debeis en tal situacion
que ya esta noble mansion
no os puede asilo ofrecer
por mas tiempo, sin manchar

lo que á ninguno ha usurpado;
la honra, objeto sagrado
que no se puede comprar.
Justa ó injusta haya sido (A Valter.)
la idea con que ahora obrais,
os doy gracias, pues salvais
nuestro honor, nuestro apellido...
un punto más, y el baldon
mis canas iba á cubrir...
gracias; ya podeis partir;
perdono su infame accion.
Quitadla de nuestro lado,
el verla me causa enojos,
y van á llorar mis ojos
por no haber antes cegado.

TERESA. ¡A él me entregan! Oh, tormento!
CÁRLOS. ¡Madre!... (Suplicando.)
MARQ. Tu ademan me irrita.
VALT. Partamos pues, señorita. (Llevándola.)
ABATE. (Interponiéndose.) Deteneós un momento.
(Con solemnidad.) En el nombre de un Dios vivo
á quien sirvo reverente,
os prohibo formalmente
llevároslá... ¡os lo prohibo!
Dios, á decirlo me atrevo,
la confió á mi cuidado,
y pues Él me la ha entregado,
á Dios sólo se la debo.
Vuestras palabras he oido,
ellas y vuestro ademan
de quien sois pruebas me dan...
Valter, os he conocido.
VALT. ¿Y quién os dijo?... (Admirado.)
ABATE. Teresa.
MARQ. ¿Luego sabeis?...
ABATE. Por completo

era dueño del secreto
que apurar nos interesa.
Os calumnian los traidores, (A Teresa.)
os rechaza esta mansion,
pero aquí hay un corazon
abierto á vuestros dolores.
Si alguna idea despierta
el rencor en vuestra mente,
estad para huirla alerta;
vinisteis aquí indigente
y no os cerraron la puerta.
Si ahora os veis menospreciada,
sufrid esta humillacion
que en cuenta os será tomada;
vos debeis á esta morada
respeto y veneracion.
Salís hoy envilecida,
aunque no lo mereceis,
mas tanto como abatida,
algun dia volvereis
honrada y enaltecida.
Y vos que aquí tanto duelo (A Valter.)
sembrasteis con impudencia,
inclinad la frente al suelo,
porque contra vos va el cielo
á luchar por la inocencia.

(El Abate ase á Teresa quien imprime un beso en la mano de la Marquesa, mira con emocion á Cárlos y se dispone á seguir al Abate. Movimiento de Cárlos que reprime su madre: el Abate y Teresa desaparecen por el foro; la Marquesa y Cárlos entran en la quinta; Valter cruzado de brazos permanece inquieto y caviloso; despues, como adoptando una resolucion, se pone el sombrero decidido dirigiéndose al foro; eu tal iustante Bernard que ha estado contemplándole, asustado de su accion echa á correr.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Cobertizo de la granja de Juan el Rubio: muebles rústicos y encima de una mesa varios faroles; á la derecha del actor la entrada principal al interior de la misma; á la izquierda un pabellon de forma cuadrada, con una escalera esterior practicable y una puerta de entrada; una gran ventana abierta á la altura de esta permite ver parte del interior. En el fondo del cobertizo un patio cerrado por una cerca; campo á lo lejos. Es de noche; un farol encendido pendiente del techo alumbra la escena; al levantarse el telon figura que los aldeanos acaban de bailar.

ESCENA PRIMERA.

JUAN.—BRIGIDA.—ALDEANOS.

BRIGIDA. Vamos, basta ya de baile;
son las nueve y amenaza
tormenta; lo mejor es
irse cada uno á su casa
y acostarse.

JUAN. ¡Y acostarse! ..
¡Qué afan! Siempre con la cama
estás soñando... Ea, chicos,
vamos á echar una cana
fuera y un traguete dentro. (Beben.)

Esto os dará fuerzas para
acompañar á las mozas...
Mientras mojais la palabra
voy á daros una nueva
muy... nueva...

BRIGIDA. Alguna patraña,
algun cuento.

JUAN. No, señora,
no es ningun cuento; se trata
de una boda famosísima.

ALDEAN. ¿De una boda?

BRIGIDA. Vaya en gracia.
¿Y dónde va á celebrarse?

JUAN. En la quinta.

BRIGIDA. Tonto, calla...
¿Y de quién?

JUAN. (Remedándola.) ¡Tonto!... ¿y de quién?...
¡Jesus, qué mujer!... me carga!...

BRIGIDA. Vamos.

JUAN. De la señorita
Enriqueta.

BRIGIDA. Vaya, vaya...

JUAN. Es todavía un secreto,
conque cuidado.

BRIGIDA. ¡Bien guardas
el tal secreto sin duda!

JUAN. (Con aire de importancia.)
Cuando estuve esta mañana
en la quinta...

BRIGIDA. Por ciruelas
que no has traido... ¡malhaya!

JUAN. ¡Válgame Dios que habladoras
son las mujeres!... No me hagas
perder el hilo y escucha.

BRIGIDA. Bien, pues coge tu hilo y habla.
Cuando estuviste en la quinta

has soñado esa bobada.

JUAN. No he soñado... ¡ habráse visto !...
El señor Bernard que caza
muy largo, se me ha insinuado
con las siguientes palabras...
pero cuidado con que
se sepa, porque en confianza
me ha hablado, y yo no quisiera...
en fin...

BRIGIDA. ¿Pero cuándo acabas?

JUAN. Me ha dicho : «Amigo Juanito,
hay novedades...» ¡ Caramba !
¿Sabeis lo que significa
haber novedades?... ¡ Cáscaras !
Con que he dicho... Vaya un trago.

BRIGIDA. Sí, bebed con la esperanza
de no romperos las piernas
bailando en la boda.

JUAN. Vaya,
mujer, por qué esa manía?

BRIGIDA. Calla por Dios ! te las tragas
como ruedas de molino.
Una mujer á quien nada
recomienda, que ha llegado
al país sin una blanca,
á pié, pidiendo limosna
casi casi, que no habla
de padres ni de parientes...
Es muy orgullosa el ama
para dar así, á su hijo,
por mujer una muchacha
llamada Enriqueta á secas.

JUAN. ¡ Jesus !... cuánto disparatas !
No es la señora Enriqueta
como crees, la que trata
de pedir en matrimonio

al señor Cárlos, ni nada
de eso... es el señor Cárlos
quien solicita con tanta
prisa hacerla su parienta...
Ya ves cuán equivocada
estás... y ahora, esa Enriqueta
á secas como la llamas,
es un prodigio en su clase.

BRIGIDA. ¡Un prodigio!... porque es guapa
y jóven!...

JUAN. Precisamente.

BRIGIDA. Tanto peor; siempre acaban
muy mal esos matrimonios
por amor; lo que ahora falta...
(Relámpago.)
¡Ah!

JUAN. No es nada... es un relámpago
de calor.

BRIGIDA. Truena.

JUAN. No.

BRIGIDA. Vaya...

JUAN. Es muy léjos... voy á ver...
(Va hácia el fondo, cuando aparece Teresa muy abatida y accercándose con temor; un zagal la acompaña, y despues de darla un lio se retira.)

ESCENA II.

DICHOS. — TERESA.

JUAN. ¡Ay! (Al verla.)

BRIGIDA. ¿Qué es eso?

JUAN. ¡Santa Bárbara!

BRIGIDA. ¡Una mujer!

JUAN. ¡Pues si es ella!

BRIGIDA. ¿Y quién es ella?

JUAN. ¡Qué pálida!
BRIGIDA. (Reconociéndola.) ¡La señorita Enriqueta!
JUAN. ¡Y en qué estado!
BRIGIDA. ¡Sí, qué traza!
JUAN. ¿Pero qué asunto, señora
os trae de noche á la granja?
TERESA. Amigos, vengo á pediros
asilo: llueve, amenaza
tempestad y estoy rendida...
os pido pues esta gracia.
BRIGIDA. ¿Pero de dónde venís?...
¿á dónde vais?... ¿por qué causa?...
TERESA. Vengo de la quinta; voy
á la aldea con la hermana
del señor abate, á quien
me recomienda esta carta. (La enseña.)
Él debia acompañarme,
pero su deber le llama
junto al anciano Anastasio
que espira... yo estoy cansada...
¡he sufrido tanto!...
JUAN. Pero,
señor, tengo telarañas
en los ojos ó estoy viendo
visiones?... Yo que ahora hablaba
de vuestra boda...
BRIGIDA. ¿Sin duda
os han echado de casa?
TERESA. Sí, señora.
BRIGIDA. ¡Si lo hubiera
apostado!... esa desgracia
tenia que sucederos...
¡Estais fresca! abandonada...
JUAN. Ya se vé... es duro... á su edad...
tan mona...
BRIGIDA. ¡Pobre muchacha!

JUAN. Pero no, no estará mucho
tiempo desacomodada.

BRIGIDA. (A Juan.) Oye, ¿seria prudente
recibirla?... Es que no se halla
esto muy claro... y, en fin,
cuando la despide el ama...
nosotros sus dependientes...

JUAN. ¡Mujer, por Santa Susana!
¿Y este corazon depende
de nadie cuando se trata
de hacer bien? ¿Cómo podiamos
lo que pide rehusarla,
tan jóven y tan bonita?..,
y lloviendo?... vaya, vaya,
se me traspasa en el pecho
el corazon...

BRIGIDA. ¡Patarata!
tu corazon por cualquier
friolera se traspasa.
Pues es que yo no me...

JUAN. Vamos,
mujer, si tú no eres mala,
por qué quieres parecerlo?...
¡Qué diablo!... Además, repara
en lo que nos dice el cura;
abrid la puerta al que llama,
dad al que pide...

BRIGIDA. Abrid, dad...
Todo eso en una palabra
está dicho... Pero... y qué?...
(Viendo á Teresa que se retira.)

TERESA. Me pareció que os negabais
á recibirme y... salia...

BRIGIDA. ¿Negarnos? ¡Pues no faltaba!
¿Me creeis á mí capaz?...
Es mi marido...

JUAN. ¡Caramba!
¿Ahora salimos con eso?
BRIGIDA. Oid: cuando de su casa
os despide la Marquesa
mi señora, fuerza es que haya
tenido sérios motivos;
pero puesto que la hermana
del buen abate os acoge,
y por ser la hora avanzada
no podeis vuestro camino
proseguir, aquí en la granja
os quedareis... está dicho,
con que enjugad vuestras lágrimas
mientras preparo la cena.
TERESA. ¡Oh! no necesito nada
más que descansar un poco...
(Se arrima á una silla para sentarse y se desmaya; Brigida la sostiene.)
JUAN. ¡Ay! se ha desmayado!...
BRIGIDA. (Llamando.) ¡Juana!
¡Qué debilidad!... á ver
si traes pronto un vaso de agua.
¿Y tú qué estás ahí haciendo
lo mismo que un papanatas?
Despacha luego á la gente,
¿no ves que esta desgraciada
necesita descansar?
Vaya, hijos, hasta mañana...
pronto... (Despidiendo á los aldeanos.)
JUAN. Voy y cerraré
las puertas... Chicos, en marcha.
(Juan da los faroles á los aldeanos y los conduce fuera. Cuando acaban de salir se introduce Valter: Brigida refresca el rostro de Teresa con el agua que habrá traido Juana.)
TERESA. No os asusteis... el cansancio...
BRIGIDA. Se os va á disponer la cama

para acostaros al punto.

TERESA. Yo siento que por mi causa...
os molesteis.

BRIGIDA. Nada de eso.

TERESA. Agradezco con el alma...

ESCENA III.

DICHOS.—JUAN.

JUAN. Ya está todo despachado;
arreglarémos al punto
una cama.

BRIGIDA. Ese es asunto
mio, no seas pesado.
El cuarto de mi señora (Señala al pabellon.)
la Marquesa está corriente;
hay una cama escelente.

JUAN. (¡Qué mujer tan previsora!)

BRIGIDA. Juana, sube á disponer
lo necesario... has oido?
(Juana sube al pabellon, abre la ventana y baja á poco.)

JUAN. Con que negocio concluido;
mañana al amanecer
pongo el jaco á la tartana
y yo mismo como un rayo
os llevo, si otro desmayo
no os acomete mañana.

TERESA. ¡Oh, amigos mios, creed
que no soy digna de todo
cuanto haceis; de cualquier modo
agradezco esta merced.

JUAN. (Condúcela al pabellon
pero no la digas nada.)

BRIGIDA. (Corriente, estoy enterada...
¡Sabré yo mi obligacion!)

JUAN. (Es que tienes un semblante
tan adusto, que cualquiera
creerte mala pudiera,
cuando en el fondo, no obstante
eres... ja, ja, ja!..)

BRIGIDA. ¡Dios santo!
¿Tienes valor para estar
tan alegre al contemplar?...
Eres lo mismo que un canto!
Vamos, subid. (A Teresa.)

TERESA. Yo queria
aprovechar los instantes
que aquí he de estar, para que antes
de partir, el alma mia
en una carta pudiera
mostrar su agradecimiento
á la Marquesa.

BRIGIDA. Al momento.

TERESA. Dispensadme...

JUAN. Bueno fuera!
Voy á buscar diligente
los adminículos. (Sale.)

BRIGIDA. Nada,
en el cuarto de la entrada
estareis perfectamente
para escribir; más allá
vereis el de mi señora
la Marquesa, vuestro ahora...
la puerta entornada está,
no se cierra; el que hay al lado
pertenece al señorito
Cárlos; conque ya os repito
que descanseis sin cuidado
ninguno, porque cerrada
la puerta de la escalera
nadie puede, aunque quisiera,

molestaros para nada.

JUAN. (Entrando.) Tinta, papel del correo,
y una pluma de un hermano
del pavo del escribano,
que es tan dura como él feo.

BRIGIDA. Una luz.

JUAN. (Dándola una bujía.) Aquí la tienes,
y el lio tambien. ¡Dios mio!
no pesa mucho el tal lio...
¿Llevais aquí vuestros bienes?

BRIGIDA. ¿Qué te importa?

TERESA. Mientras viva
no olvidaré á la verdad
tan dulce hospitalidad.

BRIGIDA. Vaya, descansad y arriba.

JUAN. Buenas noches, señorita
Enriqueta, hasta mañana
si Dios quiere.

BRIGIDA. Alumbra, Juana.

JUAN. Que descanseis.

BRIGIDA. ¡Pobrecita!

(Brigida y Juana suben delante; Teresa las sigue. Entran en el pabellon y Brigida va enseñando á Teresa las habitaciones. En tanto Valter observa desde el patio.)

ESCENA IV.

JUAN coge una silla y se sienta con el respaldo frente al público.

¡La señorita Enriqueta
arrojada de la casa!
Cuando mi amigo Bernard
me decia esta mañana
no sé qué de casamiento!
Vamos, es mucha desgracia
para una chica tener

una hermosura tan... vaya,
¿cómo diré?... tan... de punta...
de punta; esta es la palabra.
Es que una muchacha no es
género de morondanga...
aquí no se gusta de él,
allí lo quieren con ánsia...
En fin, siempre deja merma
el tal género... ¡Caramba!
Y en mi tiempo era lo mismo...
Digo, lo mismo pasaba
á los muchachos, así
como yo, de buena estampa.
Me acuerdo que no podia
dar un paso por la plaza
de mi pueblo, sin oir
cuchichear las muchachas
que salian á la puerta...
Es Juanillo, murmuraban;
el rubio, el de los colores
tan frescos... ¡tiene una gracia!...
Y luego como loquillas
reian y me cantaban...
Yo creia que era cosa
de llegar y... zás... ¡ya escampa!
Con la puerta en las narices
sí que era como me daban.
Sin embargo, muchas veces...
con Brigida verbigracia,
alcancé... ¡Y es que era entonces
tan buena moza, tan guapa!...
no gruñia, era más dócil...
pero ha vuelto la casaca.
Ya se va haciendo algo vieja,
como la fruta se pasa
y... es necesario apagar

mi farol.
(Baja el farol y le apaga. Brigida vuelve del pabellon: Teresa escribe desde la ventana.)

BRIGIDA. Ya sosegada
está; se ha puesto á escribir.
Vamos, ves cómo acertaba
al decirte que esa boda
se la iba á llevar la trampa?

JUAN. ¡Pobre chica!

BRIGIDA. En fin, ya es tarde,
con que á dormir.

JUAN. Me da lástima.

BRIGIDA. No se trata de ella ahora;
¿vienes ó no?

JUAN. Voy, ten calma...
(Cuando ella se empeña no hay
que chistar una palabra.)
(Entran en la granja: el teatro queda completamente á oscuras; sale Valter.)

ESCENA V.

VALTER. — TERESA.

VALT. No me he equivocado, no:
Teresa sola ha llegado
hasta aquí con un criado
que al dejarla se marchó.
¿Cómo el Abate ha podido
abandonarla? ¿Por qué
cuando esta mañana fué
su protector decidido
la desampara? No atino
á esplicarme... Y ella ahora
¿á dónde irá?... la señora
Marquesa tomó el camino

de Paris; es regular
que evite su compañía...
á Ginebra no podria
volver... Pero á qué cansar
mi mente en suposiciones?
Lo que me importa es tenerla
en mi poder, sorprenderla
y que humilde á mis razones
fije de una vez mi suerte
siendo mia; es necesario,
pues en el caso contrario
mi seguridad, su muerte
exigiria...

TERESA. (Escribiendo.) ¿Querrá
dar crédito á este papel
la Marquesa, cuando en él
se fije?... Cárlos verá
que nunca quise ofenderle
por medio de una traicion..
Sé elocuente, corazon,
que es fuerza satisfacerle.

VALT. ¡Ah!

(Valter va en medio de la oscuridad registrando el teatro; al ver el reflejo de la luz en la ventana del pabellon, se acerca paso á paso procurando no hacer ruido, y amparándose de la tápia del pabellon ve á Teresa: la esclamacion que va marcada debe decirse con alegría reconcentrada y acento gutural. De cualquier modo la situacion es únicamente la que puede inspirar al actor.)

La veo... ha conservado
luz... escribe... ¿De qué modo
podria obligarla?... Todo
está en calma; no hay cuidado.

(Despues de un momento de reflexion y dándose una palmada en la frente.)

¡Qué idea!... En su protector
confia; puedo fingir

la voz y hacerla salir...
es el partido mejor.
(Sube algunos escalones, vacila y vuelve á subir.)

TERESA. Siento ruido... ¡Santo cielo!... (Levantándose.)
(Valter llama acompasadamente.)
¿Quién puede llamar?

VALT. (Mudando la voz.) Soy yo,
el Abate... salid...

TERESA. ¡Oh!
¡mi protector, mi consuelo!...
Esperad; voy en seguida.

VALT. (Bajando con precipitacion.)
(¡He triunfado!)

TERESA. (Baja con la luz y recorre el teatro.)
¿Dónde estais?

VALT. ¡Silencio! (Asiéndola.)

TERESA. ¡Ah! qué horror! (Deja caer la luz.)

VALT. Si dais
un grito os cuesta la vida.

TERESA. ¡Dios de bondad! ¿Por qué de esa manera
me perseguís? ¿No soy bien desgraciada
por vos? ¿Qué es lo que espera
vuestra intencion malvada?
¿O acaso hasta la tumba
me vais á perseguir?

VALT. Sí; tú lo has dicho.
Por todas partes seguiré tu paso;
no cuentes ya ni una hora, ni un momento
en que libre de mí puedas acaso
la huella dirigir ni el pensamiento.
El eco de tu voz será la mia,
y cuando haya un destello de esperanza
que siembre en tu camino la alegría,
ese eco, no te asombre,
como una maldicion horrible, impía
pronunciará tu nombre,

y ese nombre, Teresa, es mi venganza.

TERESA. ¡Callad! (Horrorizada.)

VALT. Acusa al cielo de injusticia
porque un lazo, el del crímen, nos ha unido.
Ahora bien, á mis votos sé propicia;
no desprecieis el único partido
que tu vida asegura y tu reposo.
Yo solamente puedo, ten memoria,
hacer tu porvenir grande y dichoso
ó terrible y fatal; infierno ó gloria.
Mas no aguardes que ceda hoy á tus voces;
sé mia, ó vive Dios!... Ya me conoces.
(Amenazándola.)

TERESA. ¡Oh! no espero de vos paz ni ventura...
sois un chacal á quien la sangre incita,
una hiena traidora,
y fuera harta locura
pedir á tan villana criatura
con voz humilde ahora
instintos racionales
que negó Dios á hienas y chacales.
Prefiero el afrontar mi cruda suerte
al horror de llevar vuestro apellido.
La infamia no es la muerte,
cuando hay un corazon aquí escondido
que oye la voz de Dios que le consuela,
y Dios, segun sus santas prescripciones
no baja á los inmundos corazones.

VALT. ¡Necia!

TERESA. Entregadme al punto á esos tormentos
que hacen temblar al crímen solamente;
buscad los más violentos...
no espereis que en el polvo hunda la frente;
vos mismo me tornais altiva y fiera;
revelando el secreto de mi cuna,
por indigna y villana me tuviera

aceptando con vos gloria y fortuna.
Camino más honrado ahora me traza
el legítimo orgullo de mi raza.

VALT. Fijarme en tus palabras bien no puedo
porque aún hay en mi pecho algo escondido.
Teresa, al escucharlas tengo miedo
de que un conducto fiel sea el oído,
y haga con entereza
que ceda el corazon á la cabeza.
¿Ignoras que el quitarme la esperanza
de un modo tan cruel, tan homicida,
es provocar mi bárbara venganza
que va á saciarse en tu menguada vida?
¡Oh! no juegues así con mi paciencia,
no pretendas que al fin pierda la calma.
Si al fondo descendieras de mi alma,
pavor te causaria tu imprudencia.
Hay dobleces en ella que atesoran
todo un mundo de amor y de ventura...
hay otros en que moran
la angustia y la amargura;
un velo misterioso con anhelo
la envuelve entre sus pliegues á porfía;
si alza Dios el ribete de ese velo
hija será de Dios el alma mia;
mas si Luzbel con su terrible aliento
mueve el crespon que cauto la rodea
y Dios allí no está... de Luzbel sea.

TERESA. Piensas amedrentarme neciamente
estinguiendo la llama que aquí arde...
Te engañaste, cobarde.
El esceso no más de mi tormento
fuerzas me presta para no temerte;
mi desesperacion hasta la muerte
me hará menospreciar; tu vil acento,
tu crueldad, la desventura mia

sostendrán mi valor y mi energía.
Tiembla tú mismo, tiembla y abandona
esa vil esperanza.
Mi inocencia me abona;
mi voz va á demandar pronta venganza,
y ya los tribunales
justicia harán en tí de tantos males.

VALT. ¿Qué osas decir?

TERESA. Un hombre respetable
oyó mi confesion; va á perseguirte...
Su augusto ministerio, es indudable,
que logrará triunfar y confundirte,
y mañana...

VALT. (Con voz sombría.) Me pasma y no comprendo
esa esperanza vana...
¡Mañana!... ¿acaso vivirás mañana?

TERESA. (Huyendo espantada del ademán de Valter.)
¡Dios mio!

VALT. (Siguiéndola.) Ya conoces
de lo que soy capaz.

TERESA. ¡Oh! Vírgen santa!...
Apartad...

VALT. No dés voces
ó se hunde este puñal en tu garganta.

TERESA. ¡Ah! Socorro, favor!... (Huyendo.)

VALT. Por vez postrera,
me sigues?

TERESA. No, jamás!...

VALT. Tú lo has querido;
quien hoy me va á perder fuerza es que muera.
(Teresa cae de rodillas; Valter va á herirla.)

TERESA. ¡Socorredme!.. Acudid!... (Con voz ahogada.)

VALT. ¡Ah! gente viene...
(Se oye ruido.)
¿Juras guardar silencio?

TERESA. Sí; dejadme...

VALT. Lo que más te convíene
medita; pronto vuelvo
y á acabar de una vez hoy me resuelvo.
(Sale precipitadamente por el foro. Teresa cae exánime.)

ESCENA VI.

TERESA.—BRIGIDA.—JUAN bastante alijerado de ropa.

JUAN. ¿Qué es esto, Dios de bondad?
BRIGIDA. Qué sucede?... Ah! la señora
Enriqueta! (Viendo á Teresa.)
JUAN. ¡Aquí á esta hora?
Caracoles... y es verdad!
BRIGIDA. ¿Pero qué estabais haciendo (Levantándola.)
aquí?... ¿por qué habeis salido?
JUAN. Sin duda sintió algun ruido.
¡Ladrones tal vez!... (Temblando.)
BRIGIDA. No entiendo...
¡Qué temblor!... su mano está
fria... Señora Enriqueta...
JUAN. Oye, voy por la escopeta.
BRIGIDA. Cállate; mejor será
llamar á Juana; es preciso
socorrerla...
TERESA. Por favor
no llameis; estoy mejor...
(Dios mio, qué compromiso!)
BRIGIDA. ¿Pero por qué habeis bajado?
TERESA. Yo no sé... iba á retirarme
y sentí ruido... enterarme
quise... el viento me ha apagado
la luz...
JUAN. Aquí está. (Recogiéndola.)
TERESA. Despues
viéndome sola... en verdad,

el miedo... la oscuridad...

(Se oyen campanillazos en la parte esterior.)

JUAN. ¡Ay! ¡Válgame San Ginés!...

BRIGIDA. ¿Quién puede tan á deshora
llamar?

JUAN. (Temblando.) ¿Será el mismo viento
que apagó la luz violento
el que se entretiene ahora?...

BRIGIDA. Te digo que es gente... ¡Juana!
que llaman.

JUANA. (Dentro.) Voy en seguida.

JUAN. ¿Quién será?

BRIGIDA. Estoy aturdida
con esta tracamundana.

JUAN. Voy con ella. (Siguiendo á Juana.)

BRIGIDA. ¿Si será
el Abate que por vos
venga?

TERESA. ¡Ay! ¡Pluguiese á Dios!

BRIGIDA. Si no necesita ya
el enfermo su presencia
puede que venga á buscaros.
¿No debia acompañaros
hasta la aldea?... En conciencia
bien puede...

JUAN. (Azorado.) Mujer, apriesa...

BRIGIDA. ¿Qué hay?

JUAN. ¿No sabes lo que pasa?

BRIGIDA. Por supuesto.

JUAN. Que está en casa,
asómbrate, la Marquesa.

TERESA. ¡Dios mio!

BRIGIDA. ¿Aquí la señora?

JUAN. Y el señorito tambien.

TERESA. ¡Qué desgracia!

JUAN. ¡Estamos bien!

BRIGIDA. ¿Y qué vamos á hacer ahora?
JUAN. Iban á Paris, mas luego
el viento y la tempestad
les han hecho...
TERESA. ¡Por piedad!
ocultadme, yo os lo ruego!
No tendria el suficiente
valor.
BRIGIDA. Bien, no hay que azorarse...
es preciso resignarse...
Tú, irás inmediatamente
á recibirlos; procura
ganar tiempo, por lo cual
por la puerta principal
hazles venir.
JUAN. ¡Criatura!
Lloviendo á mares se van
á poner como las truchas!
BRIGIDA. Nada te importe; hazles muchas
reverencias...
TERESA. (¡Oh! qué afan!)
BRIGIDA. Date prisa y de contado
vé con cuidado.
JUAN. Mujer,
mira que no puede ser
ir de prisa, con cuidado.
BRIGIDA. Calla y corre.
JUAN. Corro y callo. (Sale.)

ESCENA VII.

TERESA.—BRIGIDA.

BRIGIDA. Vamos á ver lo que hacemos;
no quereis que la Marquesa
os vea, ni yo lo quiero,

porque temo sus reproches...

TERESA. Y yo su presencia temo.

BRIGIDA. ¿Habeis deshecho la cama?

TERESA. No la he tocado.

BRIGIDA. Me alegro.
Entrad por ahí y estareis (Señalando á la granja.)
oculta en el aposento
de Juana; á la madrugada
sin ser vista os sacarémos.

TERESA. Ah! y os deberé la vida!

BRIGIDA. Pronto, que vienen... adentro...

TERESA. ¿Y los efectos que allí
he dejado?

BRIGIDA. Voy corriendo
á buscarlos. (Toma la luz y entra en el pabellon.)

TERESA. ¡Dios clemente!
¡Cómo aguantar tan acerbos
males! Valter amenaza
mi vida, Cárlos, ¡ah! siento
que las fuerzas me abandonan!

JUAN. (Dentro.) Por aquí, no tengais miedo...

BRIGIDA. (Volviendo.) Aquí está todo; corred
y encerraos; al estremo
del pasillo, á la derecha...
(Hace entrar á Teresa y cierra.)
¡Ay, qué noche, santo cielo!
(La Marquesa y Cárlos llegan por el fondo cubriéndose con paraguas; detras varios criados; Juan alumbra con un farol.)

ESCENA VIII.

LA MARQUESA. — CARLOS. — JUAN. — BRIGIDA. — BERNARD. — JUANA y CRIADOS.

JUAN. ¡Eh!... no paseis por debajo
de las canales... ¡San Pedro

me valga! ¡que está ahí el pozo!...
y vais á... vamos, derecho...
á mí... esto es... ya no hay cuidado.
(¿Parece que represento (A Brigida.)
bien mi papel?)

BRIGIDA. (Grandemente.)

JUAN. (¿Dónde á la muchacha has puesto?)

BRIGIDA. (Sin hacerle caso saludando á la Marquesa.)
Servidora vuestra; Juana,
vamos, sillas al momento.

MARQ. Gracias. (Juana retira las sillas.)

BRIGIDA. ¿Quieren los señores
tomar algo?

MARQ. No, por cierto.
¿Están corrientes los cuartos?

BRIGIDA. Sí, señora... yo lo creo...
(Fortuna ha sido que la otra
no se haya acostado.)

MARQ. Bueno.
Traed lo que hay en el coche. (A Bernard.)

BERN. Voy al instante.

JUAN. (A Bernard.) (Os reservo
la flor y nata de la
bodega.)

BERN. Gracias; acepto.

(Sale con algunos criados que volverán luego dejando en el pabellon, maletas, etc.)

JUAN. (¿Dónde estará la muchacha?)

BRIGIDA. (A Juan.) (¿Qué buscas con tanto empeño?)

MARQ. ¿Pueden alojarse todos
los criados?

BRIGIDA. En un verbo
va á disponer mi marido
lo necesario.

JUAN. (A Brigida.) ¡Qué sério
y triste está el señorito!

Si supiera...

BRIGIDA. ¡Majadero!
¿Quieres callarte?... ¡qué lengua!

JUAN. Mujer...

BRIGIDA. No seas zopenco,
y vé á disponer los cuartos
de arriba, mientras yo arreglo
el pabellon. Voy á ver (A la Marquesa.)
si falta algo y pronto vuelvo.
(Brigida toma una luz y sube al pabellon haciendo seña á Juan para que se vaya.)

MARQ. Id, Brigida.

JUAN. (Es una perla
mi mujer, pero ese genio!...) (Sale.)

ESCENA IX.

LA MARQUESA.—CÁRLOS.

MARQ. ¿Y bien, por qué tal tristeza,
hijo mio?

CÁRLOS. Perdonad.

MARQ. Indigna es á la verdad
y cruel esa flaqueza.
¿Tan grande es hoy tu pasion
y tanto su imperio en tí,
para desoir así
las voces de la razon?
Si el objeto idolatrado
que la inspira digno fuera,
tu conducta no me hubiera
de tal modo impresionado.
Pero despues de caer
la venda de nuestros ojos,
¿puedes sin causarme enojos
recordar á esa mujer

tan vil?
CÁRLOS. Callad, madre mia...
¿Y si no fuese culpable?
MARQ. ¡Delirio!
CÁRLOS. Un sér respetable
la ha defendido... la fia
con calor.
MARQ. Su alma elevada
pudo engañarse.
CÁRLOS. O más bien
en ella sus ojos ven
una mujer desgraciada,
víctima de una traicion.
MARQ. ¿Y tú la osas defender?
¿No te avergüenzas de ser
débil en esta ocasion?
Ese amor, esa querella
tu noble estirpe envilece...
sólo un corazon merece
tan criminal como el de ella.
CÁRLOS. No; recordad, madre mia,
la conducta que ha observado
desque la hubisteis brindado
proteccion.
MARQ. ¡Maldito dia!
CÁRLOS. Ni un instante ha desmentido
un alma sencilla y pura;
ni un momento de amargura
por ella habeis padecido.
En sus ojos os mirabais;
con su amor os engreiais,
y por lo que la queriais
hija vuestra la llamabais.
En su rostro aparecia
una sublime espresion
que llenaba el corazon

de dulce melancolía.
Su mano era un manantial
de caridad bienhechora,
y en vuestro nombre, señora,
iba remediando el mal.
¿Es ese el modo de obrar
de un alma torpe y manchada?
La arrojais, y arrodillada
vuestra mano va á besar;
no hay en su labio una queja
ni una espresion en su acento,
ni en su mente un pensamiento
de ódio para quien la deja
abandonada.

MARQ. Ya es mucho
frenesí el que se apodera
de tu corazon; modera
ese lenguaje que escucho
admirada.

CÁRLOS. Y bien, es cierto;
comprendo esa admiracion,
vos teneis ya el corazon
para las pasiones muerto,
y escuchais con sangre fria
creyendo ver un ultraje
en mi exaltado lenguaje...
Yo siento aquí, madre mia,
un no sé qué misterioso
que por ella se interesa;
él me dice que Teresa
es víctima de un odioso
plan; que nunca ha delinquido,
pues no es su rostro, señora,
el de un alma vil, traidora,
que el crímen lleva escondido.
Y no se cubre el malvado

con disfraz tan inocente,..
más bien Valter... en su frente
lleva el crímen retratado.
Acaso no tardaré
yo, en averiguarlo todo,
haciendo que hunda en el lodo
su soberbia.

MARQ. Basta... Y qué...
¿á un hombre que así ha salvado
tu honor, quieres acusar?
¡Es buen modo de pagar
el bien que te ha dispensado!

CÁRLOS. Si tan noble sentimiento
así le hizo obrar, señora,
¿por qué sustraerse ahora
á nuestro agradecimiento?
No; Valter á no dudar
es un vil mónstruo... su cara
asimismo lo declara...
es horrible su mirar,
y su sonrisa espantosa,
su descarado cinismo
muestran el profundo abismo
de aquel alma tenebrosa.

MARQ. Callad; pues yo no hallo traza
para oir tanta locura;
amar á esa criatura
es renegar de su raza.
Y oid bien; lo he decidido;
(Brigida aparece en lo alto de la escalera. Juan en la puerta de la granja y los criados en el fondo. Todos se detienen.)
mientras vida me dé Dios,
no he de consentir que vos
mancilleis vuestro apellido.
Jamás esa miserable
á mi casa volverá...

CÁRLOS. ¡Madre mia!
MARQ. (Con severidad.) Basta ya.
CÁRLOS. ¿Y si no fuese culpable?
MARQ. Reprimid vuestra esperanza;
yo misma me he de labrar
mi sepulcro, antes que dar
en tan odiosa alianza.

ESCENA X.

DICHOS.—JUAN.—BRIGIDA.—BERNARD.—CRIADOS.

JUAN. (¡Caramba! esto va de veras.)
BRIGIDA. Ya está listo vuestro cuarto,
señora.
JUAN. (A los criados.) Arriba teneis
los petates arreglados
para dormir; por supuesto (A Bernard.)
que la mejor cama os guardo.
BERN. (Con pistolas.) Gracias, amigo Juanito.
Luego echarémos un trago.
(A Cárlos.) ¿Quereis que vuestras pistolas
suba?
CÁRLOS. No; no es necesario;
volvedlas al coche.
BERN. Bueno...
lo decia, sin embargo,
como acostumbrais... en fin
os obedezco... No tardo (A Juan al salir.)
en volver; me esperareis...
MARQ. Vamos, Brigida, alumbradnos.
JUAN. Hijos, por aquí conmigo...
tras del pastor el rebaño...
(Bernard sale por el patio; los criados siguen á Juan; la Marquesa y Cárlos suben con Brigida al pabellon; esta da una luz á Cárlos y lleva otra al cuarto.)

ESCENA XI.

CARLOS, en el pabellon.

CÁRLOS. (Viendo el papel que escribió Teresa.)
¡Qué veo!... Dios de bondad!...
¡Letra de Enriqueta! Vamos,
no es posible... sí, no hay duda!
el perfume de su mano
aún conserva este papel! (Besándole.)
¡Bendito sea!... Leamos...
Se despide de mi madre ..
Entonces, á no dudarlo
se halla aquí... la tinta está
reciente... ¡Dios soberano!
¡Si pudiese hablar con ella!
Esta alegría, mi estado
de escitacion, me aseguran
que es inocente... veamos;
Brigida vuelve; es preciso
hablarla...
(Entra en la pieza del fondo; Brigida sale y baja del pabellon: Juan sale por la puerta de la granja.)

ESCENA XII.

CARLOS.—JUAN.—BRIGIDA.

JUAN. Ya colocados
están todos; no me queda
más que Bernard... (Relámpago.) ¡Eh! Canario!
Ya tenemos la tormenta
encima; ¡bonito rato
voy á pasar... mejor es
encomendarme á san trago

para no sentir el ruido...
Yo aprecio mucho á ese santo.
¿Pero dónde ese demonio
de mujer habrá dejado
á la chica?

BRIGIDA. (A Juan.) ¿Has visto?...

JUAN. No.

BRIGIDA. ¡Si estabas en este cuarto!...

JUAN. Brigida, cuando te digo
que ahora la estaba buscando...

BRIGIDA. No se trata de eso; ¿has visto
á la señora?... ¡Canastos!
Mientras respire, decia
á su hijo, yo me encargo
de hacer que no mancilleis
vuestro apellido: y declaro
que yo misma...

CÁRLOS. (En voz baja.) ¡Juan!

JUAN. ¿Qué es esto?

CÁRLOS. ¡Brigida!

BRIGIDA. ¿Quién ha llamado?

(Asustados se vuelven encontrándose de espaldas.)

CÁRLOS. Soy yo.

JUAN. ¡Toma!... el señorito! (Mirando al pabellon.)

CÁRLOS. Esperadme; al punto bajo.

BRIGIDA. ¡Dios mio!

JUAN. ¿Si habrá sabido
que Enriqueta?...

BRIGIDA. ¡Fuera un chasco!

CÁRLOS. Me vais á hacer un favor,
sin que un inútil reparo
me opongais: ¿está Enriqueta
en la granja?

JUAN. Sí...

BRIGIDA. (Haciéndole seña.) No.

CÁRLOS. Vamos...

JUAN. ¡Eh! no te asustes, mujer,
porque el señorito Cárlos
es amigo de la huérfana.
Pues, sí señor; aquí ha estado,
y lo que es mejor, aún
está.

BRIGIDA. ¡Charlatan!

JUAN. ¡Qué diablos!

CÁRLOS. Es preciso que yo la hable,
entendeis?... es necesario...

JUAN. En cuanto á eso mi parienta
os dirá el cómo y el cuándo,
porque no sé en qué agujero
la tiene oculta hace rato.

CÁRLOS. Vamos, Brigida, tomad
este anillo. (Dándosele.)

BRIGIDA. Ni pensarlo...
no quiero más que serviros;
voy por ella.

CÁRLOS. Sin embargo,
tomadle.

BRIGIDA. Cómo relumbra!

JUAN. Vamos, tómale; es regalo
del señorito, y si es fino
valdrá... lo menos tres francos.

BRIGIDA. No respondo de traerla,
si sabe que vos...

CÁRLOS. Callando
mi nombre vendrá en seguida.

BRIGIDA. Pues voy... (Entra en la granja.)

CÁRLOS. Al fin lo que tanto
anhelo voy á lograr...
de emocion estoy temblando.

JUAN. (A Cárlos que no le hace caso.)
Mi mujer... ¿estais?... mi Brigida
es... como todas; á ratos

parece mala; alborota
y chilla y echa venablos,
pero tiene muy buen fondo
y una pasta... es necesario
conocerla como yo
para...

CÁRLOS. Silencio.

JUAN. Ya callo.

(Brillan algunos relámpagos y el trueno retumba á lo lejos.)

ESCENA XIII.

DICHOS.—BRIGIDA.—TERESA.

BRIGIDA. Venid, venid; la señora
está acostada.

TERESA. (Inquieta.) Volvamos.
¿No oís cómo truena?

BRIGIDA. Y bien,
aquí está quien quiere hablaros.

TERESA. No, no...

CÁRLOS. (Adelantándose.) Enriqueta, soy yo.

TERESA. (Cubriéndose la cara.)
¡Dios mio! vos, señor Cárlos!

JUAN. Ya no tiene tanto miedo. (A Brígida.)
(Este y Brigida se retiran aparte.)

CÁRLOS. Y bien; por qué huís así?
¿por qué cuando vengo aquí
para postrarme de hinojos,
vuestros dulcísimos ojos
se apartan, ¡ay Dios! de mí?

TERESA. Señor Cárlos, por favor,
huid de esta miserable...
Debo causaros horror...

CÁRLOS. No, no; una voz interior
dice que no sois culpable.

TERESA. ¡Ah! no soy tan desgraciada

cuando oir eso merezco!
Cárlos, de mi suerte airada
la voluntad obedezco,
pero inocente y honrada...

CÁRLOS. El amor es por ventura
del crímen independiente;
y tal es su esencia pura,
que puede á una criatura
regenerar fácilmente.
¿Qué importa que haya manchado,
el alma una accion villana
si puro amor la ha inflamado
y con su luz ha borrado
del crímen la huella vana?
¿Qué importa que el pensamiento
estravie al corazon,
si despues hay un momento
en que el arrepentimiento
hace digno del perdon!
¡Ah! yo os amo de manera
que aun cuando culpable os viera,
no dejaria de amaros,
que mi vida es adoraros
y sin vuestro amor muriera.
Un alma que llega á ser
esclava de una mujer
y arriesga ventura y calma,
no puede retroceder,
ó es una parodia de alma.
Si al fallo del mundo cede,
es mentira su penar,
porque haber amor no puede
en alma donde no quede
algo que sacrificar.
Y así, inocente ó culpada,
siempre sereis para mí

una esperanza soñada,
una llama que sentí
sin ver su luz adorada.

TERESA. Soy inocente, señor;
el mónstruo que me atormenta
guarda las pruebas traidor,
porque amor entra en la cuenta
de mi infamia y deshonor.
A él acreditar le es dado
mi inocencia por completo,
pero guarda su secreto.

CÁRLOS. ¿Y qué, pretende el malvado
ser de vuestro amor objeto?

TERESA. ¡Mil muertes antes deseo!
pues hoy en mi airada suerte
que fuera la misma muerte
un gran beneficio creo.

JUAN. (A Brigida.) No comprendo una palabra.

CÁRLOS. Está bien; ahora ya sé
quién vuestra desdicha labra,
y aunque el corazon le abra
las pruebas le arrancaré.
Y no se me escapará
aunque á su suerte no cuadre;
Cárlos os devolverá
vuestro honor, que es mio ya,
y el aprecio de mi madre.

TERESA. ¡De vuestra madre?... no, no;
he oido su juramento;
escondida estaba yo,
pero á mi oído llegó
su firme y severo acento.
Dijo así: «lo he decidido,
»mientras vida me dé Dios
»no he de consentir que vos
»mancilleis vuestro apellido.

»Reprimid esa esperanza;
»yo misma me he de labrar
»mi sepulcro antes que dar
»en tan odiosa alianza.»

BRIGIDA. (A Juan.) Pues ella tambien lo ha oido.

TERESA. ¡Ah! señor, todo el tormento
que Valter me ha prevenido,
no es igual al que ha sentido
mi pecho en aquel momento.

CÁRLOS. No aumenteis vuestro dolor;
á mi madre conoceis...
algun dia, por mi honor
juro, la merecereis
otro concepto mejor.
Ved cómo fué sorprendida
por ese Valter infame;
contra vos está ofendida;
pero yo he de hacer que os ame
aunque me cueste la vida.

BERN. (Dentro.) Señor, señor...

TERESA. (Con temor.) Alguien llega.

CÁRLOS. No os asusteis, es Bernard.

TERESA. Dejad que huya... no sosiega
mi alma.

CÁRLOS. ¿Cuándo os podré hablar?

TERESA. Nunca.

CÁRLOS. (Deteniéndola.) Ved quien os lo ruega.
(Brigida se acerca.)

TERESA. Nada debe entre los dos
existir.

CÁRLOS. ¿Mas dónde ireis,
decidme?

TERESA. Huyendo de vos...
pero lo juro ante Dios:
(Poniendo la mano en el pecho.)
de aquí no os apartareis.

(Sale huyendo con Brigida; Cárlos quiere seguirla.)

CÁRLOS. Escuchad...

ESCENA XIV.

CARLOS.—BERNARD.

BERN. (Apresurado.) Señor, señor...
CÁRLOS. ¿Qué me quereis? ¿quién os llama?
BERN. Hablad bajo.
CÁRLOS. ¿Qué sucede?
BERN. Una cosa estraordinaria.
CÁRLOS. ¿Y qué?
BERN. Ese hombre endemoniado
que en la quinta esta mañana
ha armado con su presencia
repentina aquella zambra,
y que se largó, sin duda
para celebrar la hazaña...
CÁRLOS. Acabad.
BERN. Le he visto aquí...
CÁRLOS. ¡Valter!
BERN. ¡Por Santa Librada!
no os oiga... Estaba arreglando
el coche, segun el ama
me previno, cuando veo
un hombre que se recata
salir de ese bosquecillo
que está inmediato á la granja.
Salta la cerca y le siento
aproximarse con maña
al coche; absorto me asomo
por la ventanilla; nada
pude ver, cuando un relámpago
el negro horizonte rasga,
y reconozco á su luz

desfilando por la tapia
al maldito pregunton.

CÁRLOS. Sin duda el infame trata
de sorprender á su víctima...
¿Qué habeis hecho de mis armas?
(Con resolucion repentina.)

BERN. Pero señor... ¿vais á hacer
alguna calaverada?

CÁRLOS. ¿En dónde están os pregunto?

BERN. En el coche.

CÁRLOS. Id á buscarlas...
no, no... seguidme.

BERN. ¿Sin dar
parte á la señora?

CÁRLOS. Basta
de réplicas y seguidme.

BERN. (Si lo sé no hablo palabra.)

CÁRLOS. ¡Oh! le juro por mi vida
que le va á pesar su audacia!

BERN. ¡Ay!... la Vírgen de la Antigua
y las once mil me valgan!
No escapo con el pellejo,
porque ese hombre tiene trazas... (Salen.)
(Los relámpagos y truenos menudean hasta el final del acto. la oscuridad aumenta; Valter sale con precaucion.)

ESCENA XV.

VALTER.

Todos se han recogido...
Esta idea de muerte aquí está impresa...
(Dándose en la frente.)
La Marquesa llegó; ya he conocido
su carruaje... tal vez habrá venido
con mi rival en busca de Teresa.
El amor triunfaria,

y yo sin duda alguna
unida esa familia en contra mia,
mi vida y mi fortuna
en un solo momento perderia.
(Reconociendo el sitio.)
Aquí hablé con la infame; ese es su cuarto..
(Señalando el pabellon.)
frente la puerta está de la ventana.
¿Qué vacilo?... Estoy harto
de ir tras la sombra vana
de una esperanza que á mi lado veo
y huye cuando ser dueño de ella creo.
Morirá... es necesario...
salve mi vida al menos.
Hay algo aquí de horrible y funerario,
mas que mi ardor escita...
la oscuridad, el ruido de los truenos,
el huracan que airado se desata...
¡Noche, noche maldita!...
Cual debe desearla
el que vertiendo sangre va á mancharla.
No oigo más que el fragor de la tormenta...
Me hace temblar mi pensamiento impío.
Vamos... ¡valor, Dios mio! (Saca un puñal.)
Dios no; el infierno que en mi pecho siento...
(Con fuerza, subiendo.)
Nadie parece... aquí está su aposento.
Vamos.
(Entra en el pabellon y cierra la ventana: se oye un agudo grito: un rayo cae sobre el edificio incendiándole: Valter espantado sale en un desórden horrible y baja precipitadamente. Se oyen gritos en la granja.)
¡Qué veo! ¡el rayo!... Satisfecho
y libre de temor respira el pecho.
(Con falsa tranquilidad.)
¡Teresa ha perecido!

Huyamos... (Sale por el fondo.)

ESCENA XVI.

TERESA.

¡Ah! qué ruido!...
¡qué noche tan cruel y aterradora!
¡Cielo santo... qué veo!...
(Fijándose en el pabellon.)
¡Perdida está mi pobre bienhechora!...
el fuego va á abrasarla...
Corro á morir con ella ó á salvarla.
(Precipítase en el pabellon; Juan, Brigida y criados de la granja salen despavoridos: Cárlos y Bernard por el foro hácia el pabellon hasta que la vista de Teresa los detiene.)

ESCENA ÚLTIMA.

TERESA. — CARLOS. — BERNARD. — BRIGIDA. — JUAN y CRIADOS.

JUAN. ¡Dios mio!... ¡el rayo ha caido
en la granja!...
VOCES. ¡Fuego, fuego!
CÁRLOS. ¡Mi madre!... corramos luego
á salvarla...
JUAN. ¡Estoy perdido!
Mas no importa. (Va hácia el pabellon.)
(Teresa aparece en lo alto de la escalera pálida y desmelenada, con un puñal ensangrentado en la mano,)
TERESA. ¡Desgraciada!
Ya no es tiempo.
JUAN. ¡Qué sorpresa!
TERESA. Mi señora la Marquesa.
ha muerto ahora asesinada.

TODOS. ¡Asesinada!... (Movimiento de horror.)

CÁRLOS. ¡Qué impía
noticia!

TERESA. ¡Yo he sido, yo!...
Ved aquí su sangre... ¡Oh! (Cae desmayada.)

CÁRLOS. ¡Madre mia! ¡madre mia!...
(Cae en brazos de Bernard; momento de confusion: el incendio alumbra este cuadro final.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala principal de la granja: puerta al foro por la que se ve el patio donde pasó la accion del acto segundo: otras dos laterales. Al levantarse el telon están varios aldeanos en el fondo trabajando para estinguir el fuego: algunas mujeres atraviesan llevando muebles y ropas.

ESCENA PRIMERA.

BRIGIDA.—BERNARD, luego JUANA.

BRIGIDA. ¡Ay, San Antonio bendito!
¡Qué desgracia!... ¡qué suceso
tan terrible!... Todavía
no me ha salido del cuerpo
el susto de anoche... Vamos,
(A los trabajadores.)
no desmayeis, os lo ruego,
ó nos vamos á quedar
arruinados sin remedio.
¿Qué es eso!... no bebeis?... Juana...

JUANA. ¡Señora!...

BRIGIDA. Trae al momento
vino, aguardiente, cuanto haya
en casa... que beban presto...
(Juana da de beber á los trabajadores; Bernard sale por una de las puertas laterales, va á atravesar y Brigida le detiene.)
¡Ah! sois vos, señor Bernard?...
Decidme, ¿cómo va aquello?

BERN. Señora Brigida, no
sé una palabra; corriendo
voy de un lado para otro
hecho un azacan... ni tengo
idea de lo que hago,
ni sé si estoy vivo ó muerto.
En fin, el Procurador
del Rey al frente se ha puesto
de los trabajos; tambien
el señor Abate, á riesgo
de perecer asfixiado,
dirige con sus esfuerzos
á la gente, sosegaos...
se conservará, yo creo
la habitacion principal.

BRIGIDA. ¿De veras?

BERN. Sin duda; escepto
lo que se ha quemado ya.
Pero ¡ay!... mi señora... tiemblo
al pensar... nuestra buena ama!

BRIGIDA. Sí, señor. ¡Y que haya muerto
en nuestra casa!... ¡Dios santo!...
que noche tan...

BERN. Vaya, os dejo;
voy á ver al señorito,
á Enriqueta... á todo el pueblo...
¡Jesus! ¡Jesus!... (Sale.)

BRIGIDA. ¡Enriqueta!

Con ella ha entrado el infierno
en mi casa... ¡Y mi marido
que estará en medio del fuego!
Juana.

JUANA. No desespereis
de esa manera; es muy cierto
que casi toda la parte
nueva de la granja se ha hecho
un toston; pero al fin ya
se ha apagado, y bien á tiempo,
pues ha agotado la fuente
y los pozos el incendio.
Aquí está el amo.

ESCENA II.

DICHOS. — JUAN, con el traje descompuesto.

JUAN. (A los aldeanos.) Basta, hijos...
¡Uf! Ya se ha acabado, pero
corred hácia la otra parte,
á ver si salvais al menos
alguna cosa... ¡Ay, señora
Brigida!... fuerzas no tengo;
mi cuerpo es un manantial;
con el sudor de mi cuerpo
habia para apagar
el fuego... ¡maldito fuego!

BRIGIDA. (Pasándole la mano por la frente.)
¡Pero, hombre, si estás asado!

JUAN. Sí á fe; se me prendió el pelo,
y gracias á que he metido
la cabeza en un cubeto
lleno de agua, que si no,
sin advertirlo me quemo.
En fin, merced á mi mucha (Con énfasis.)
diligencia y á mi esfuerzo,

está en salvo la cosecha...
y las bestias... ¡ Pero cielos!
¡una granja tan hermosa
hecha un tizon en un verbo!

BRIGIDA. ¡Una muerte en nuestra casa!

JUAN. ¡Y no haber aún descubierto
al matador!... Sin embargo,
la gente está en movimiento;
los guardas cercan el bosque
hasta el puente y... no hay remedio,
ó se lo lleva el demonio
ó no libra su pellejo.

BRIGIDA. Oye, ¿te ha hablado el señor
Procurador?

JUAN. Ya lo creo;
más de quinientas preguntas
en un minuto me ha hecho.

BRIGIDA. Y ¿sobre qué?...

JUAN. ¡Toma toma!
¡Qué sé yo!... Sobre el suceso
de anoche; principalmente
por Enriqueta .. ¡Qué sério
y grave es el tal señor!...

BRIGIDA. ¿Qué te preguntó?

JUAN. Primero
mi nombre, mi edad, mi estado
y mi profesion, y luego
que quién es esa muchacha,
dónde va, por qué su empeño
en ocultarse, qué hacia
en mi casa, qué proyectos
eran los suyos, su amor,
su matrimonio... embelecos!
¡Como si uno no tuviera
qué hacer mientras está ardiendo
su casa!

BRIGIDA. ¿Y qué has contestado?

JUAN. ¡Qué sé yo!... apenas me acuerdo.

BRIGIDA. Mira, en cuanto á la muchacha
hay mil cosas, mil enredos
de que no sabemos nada,
á fe mia, y me arrepiento
de haberla hospedado en casa
anoche.

JUAN. ¡Bah!

BRIGIDA. Sí por cierto.
Ahí está, que se desmaya (Señalando á la izquierda.)
á cada instante, diciendo
mil sandeces que no tienen
piés ni cabeza... y en medio
de sus desmayos se cree
en Ginebra, como un reo
á quien acusan delante
de un tribunal; habla récio,
y se defiende y acciona...
en fin, no tiene completo
su juicio. El señor Abate
trabaja con mucho empeño,
pero ni él ni el señorito
Cárlos logran un momento
sosegarla... A no ser casi
una niña, todo esto
pudiera inspirar sospechas.

JUAN. ¿Sospechas?... Ahora recuerdo... (Se oye ruido.)
¿Pero qué voces son esas?

BRIGIDA. ¡Dios mio! Será que el fuego
empieza otra vez?...

ESCENA III.

DICHOS. — JUANA. — ALDEANOS.

JUANA. (Corriendo.) ¡Señora,
señora!
BRIGIDA. ¿Qué hay?
JUAN. ¿Por qué veo
tanta gente reunida?
JUANA. ¡Ay, señora! Si es el cuerpo
de la señora Marquesa,
que por haberlo dispuesto
el Procurador del Rey
trasladan á otro aposento.
BRIGIDA. ¡Qué lástima! ¡Pobrecilla!
JUAN. ¡Quiera Dios darla su eterno
descanso!
CÁRLOS. (Dentro,) ¡Madre! ¡ah, dejadme!
BRIGIDA. El señorito...
JUAN. Silencio.

(Varios trabajadores y criados atraviesan el foro cual si fueran precediendo un atahud. Al sentir á Cárlos cierran apresuradamente la puerta. Este aparece por la derecha contenido por el Abate y Bernard.)

ESCENA IV.

DICHOS.—CARLOS.—EL ABATE.—BERNARD.

CÁRLOS. Dejadme por vez postrera
verla...
BERN. ¡Por Dios, amo mio!...
ABATE. Reportaos.
CÁRLOS. Es impío
privarme de esa manera

de tal consuelo... Dejad
que sobre su cuerpo inerte,
despojo ya de la muerte
por toda una eternidad,
jure ante Dios no ceder
ni un momento en mi camino
hasta del vil asesino
la impura sangre beber.

ABATE. Vuestro dolor os fascina
sin duda: volved en vos.
Estais ofendiendo á Dios
y á su justicia divina.
En su saber infinito
castigo dará al malvado
que esta noche ha perpetrado
tan espantoso delito.
Medid vuestras espresiones
y no jureis de ese modo:
los muertos antes de todo
necesitan oraciones.
Llorad, que eso no desdora
al que sufre como vos...
el llanto no ofende á Dios.
¡ Ay de aquel que nunca llora!

(Se oye ruido y aparece Teresa por la izquierda seguida del Procurador del Rey y hombres armados.)

ESCENA V.

DICHOS. — TERESA. — EL PROCURADOR.
GUARDA-BOSQUES.

TERESA. (Al Abate.) ¡ Ah! Salvadme por favor!
CÁRLOS. ¡ Enriqueta!
ABATE. ¿Qué decís?
TERESA. Quieren llevarme, ¿lo oís?

no lo permitais, señor.

CÁRLOS. (A los guardas.)Teneos... ¿qué vais á hacer?

ABATE. (Al Procurador.) ¿Señor, vos este atropello
tolerais?

PROCUR. Cumplen en ello
mis órdenes; yo prender
á esa jóven he mandado.

ABATE. ¡Gran Dios!

BRIGIDA. (A Juan.) ¿No te lo decia?

PROCUR. Y siento mucho á fe mia,
haberos proporcionado
tal pesar; sé qué interés
os inspira nada escaso
esta jóven, porque acaso
ignorais todos quién es.

CÁRLOS. (¡Cielos!)

PROCUR. Como autoridad,
llamado ayer noche aquí,
en obligacion me ví
para inquirir la verdad
y descubrir al autor
oculto de ese atentado,
de apreciar con gran cuidado
hasta el indicio menor;
todas esas pequeñeces
que en sí mismas nada son,
mas que á un juez dan ocasion
para descubrir á veces
un criminal... El estado
de esta jóven, sus acciones,
y además las espresiones
que en su delirio ha dejado
oir, me han hecho adivinar
en ella á esa desgraciada
huérfana, que sentenciada
en Ginebra logró hallar

un sitio donde burló
la accion de los tribunales,
á quien por vías legales
restituir debo yo.

CÁRLOS. ¡Cómo!... ¡Sabeis!...

PROCUR. No os asombre...

TERESA. (¡Oh, Dios!...)

PROCUR. Teresa se llama,
un tribunal la reclama
y yo la prendo en su nombre.

(Movimiento de horror en los aldeanos.)

CÁRLOS. Pero ved que es inocente;
sólo una calumnia es...

PROCUR. ¡Y vos, vos, señor Marqués!...
Ved que fuera harto imprudente
defenderla; ya dictó
la ley ante la evidencia
un fallo.

CÁRLOS. Es que á la inocencia
alguna vez sentenció.

PROCUR. (Con severidad.) No me atrevo á suponer
que hablando así tan á bulto
á la justicia un insulto,
hayais pretendido hacer.

CÁRLOS. Perdonad si no domino...

TERESA. Basta, Cárlos, por piedad!
no me defendais, dejad
que se cumpla mi destino.
Ya lo veis: mi airada suerte
hiere á quien salvarme intenta;
á los unos con la afrenta,
á los otros con la muerte.

PROCUR. Llevadla. (A los guardas.)

ABATE. Esperad, señor.
Un tribunal la ha juzgado,
y vos como magistrado

no admitís en ello error.
Culpable es para vos, sí,
y porque tal la juzgais
á entregarla os aprestais...
pero no lo es para mí.
Vuestro deber es ponerla
de la justicia al alcance;
en tan apurado trance
el mio es el defenderla.
Así, pues, lo he decidido;
iré siguiendo su huella,
y no me separo de ella
hasta verme convencido.
Si su virtud á probar
no basta, la conviccion
que siente mi corazon,
aún me atrevo á presentar
ochenta años de una vida
de trabajos y honradez...
mi voz logrará tal vez
de sus jueces ser oida.
Ahora disponedlo vos;
prontos á marchar estamos
á Ginebra; confiamos
en la clemencia de Dios.

Procur. Tan bella resolucion
en hombre tan ejemplar,
sólo puede dimanar
de una íntima conviccion.
Por lo cual debo al momento
ilustrar vuestra conciencia;
Vos obrad en consecuencia.
Al inmediato aposento (A los guardas.)
llevadla; no la perdais
de vista; y vos, no abrigueis (Al Abate.)
recelo; con ella ireis

si prudente lo juzgais.
CÁRLOS. Teresa, perded cuidado,
aún contais con defensores
y amigos.
TERESA. Hartos dolores
mi amistad os ha costado.
Abandonadme al furor
de mi suerte.
JUAN. (A Brigida.) ¡Pobre chica!
Pues por su rostro no indica
ser tan mala, no, señor.
BRIGIDA. ¿Que no? Hay en él una estraña
espresion...
ABATE. Vamos, cobrad
nuevas fuerzas, y esperad
en quien nunca nos engaña.
(Brigida lleva á Teresa: Juan hace señas á los aldeanos, y salen todos.)

ESCENA VI.

EL PROCURADOR.—EL ABATE.—CARLOS.

PROCUR. Señores, segun acabo
de ver con harta sorpresa,
ambos á dos ya sabiais
que esa desgraciada era
la huérfana conocida
por su crímen en Ginebra.
ABATE. Sí, señor.
PROCUR. Y seducidos
por mentidas apariencias,
ó más bien por esa noble
incredulidad que prestan
las almas de cierto temple
hácia los que en su modestia

falsa esconden el delito,
no pudisteis ver en ella
culpabilidad ninguna.

ABATE. Es cierto.

PROCUR. Cuál será vuestra
sorpresa cuando sepais
que mil vehementes sospechas,
los indicios más marcados,
participacion demuestran
haber tenido en el crímen
de esta noche.

CÁRLOS. ¡Oh, Dios, qué idea!

ABATE. ¡Horrible suposicion!

PROCUR. Escuchadme: la Marquesa
tenia algun enemigo?

CÁRLOS. ¡Mi madre!

ABATE. No, á fe; en la tierra
no hay nadie que por su causa
ni un disgusto recibiera.

PROCUR. ¡Nadie! ¿Qué sucedió ayer
en la quinta?... ¿lo recuerda
vuestra mente?... Esa infeliz
se vió espulsada; su estrella
la hizo perder de repente
sus esperanzas risueñas
de un brillante porvenir.
En situacion tan estrema
á esta granja se dirige
para que la oculten; ruega
y suplica; á poco tiempo
y sin que nadie lo advierta,
un hombre que la seguia
se introduce, dando muestras
su precaucion escesiva,
de no muy buenas ideas.
Luego á Teresa sorprenden

fuera de su cuarto; tiembla,
se turba; en aquel momento
llegais; su terror se aumenta;
á los huéspedes suplica
no revelen su presencia.
Despues oye á vuestra madre
prometer que mientras pueda
impedirá el casamiento...
Todos se recogen, reina
el silencio más completo;
el hombre que habló con ella
se deja ver; cae el rayo,
todos gritan; con presteza
acuden para informarse,
y se la sorprende envuelta
en ardiente remolino,
pálida, turbada, trémula,
salir del mismo aposento
donde vuestra madre encuentra
la muerte, con un puñal
ensangrentado en su diestra,
gritando: «yo soy, yo soy!!...»

CÁRLOS. ¡Ah, por Dios! Tened la lengua;
ese cuadro pavoroso
me aniquila y desalienta.
¡Pero, Teresa!... no, no...
es imposible... ¿Quién era
el hombre que la seguia?

PROCUR. Lo ignoro: mil diligencias
se practican en su busca...
Y bien, señor, ¿la evidencia (Al Abate.)
os hace callar?

ABATE. Me espanta,
y más que espanta me aterra
el rigor con que la suerte
en acriminar se empeña

á esa infeliz... No, señor,
Teresa, aunque lo aparenta,
no es culpable, es imposible;
pero en fin, no hay inocencia
que resista á tan estrañas
combinaciones; las pruebas
que pudieran vindicarla
de tal modo se presentan
que la hacen aparecer
criminal... ¡Dios mio, es fuerza
que sucumba en esta lucha
la virtud y la inocencia!
Triunfará Valter?

CÁRLOS. (Vivamente.) ¿Qué escucho?
¿Un hombre siguió su huella
y decís que se ocultaba?

PROCUR. Sí, señor; me consta.

CÁRLOS. Cesa
entonces la duda; es Valter.

ABATE. ¡Cómo!... hablad...

CÁRLOS. Por tan funestas
ideas el alma mia
turbada y calenturienta,
olvidó una circunstancia
que ese nombre la recuerda.
Valter es á quien buscamos...
Anoche con gran presteza
vino á avisarme Bernard
que le vió saltar la cerca.
Cogí al momento mis armas
buscándole con la idea
de verter su sangre odiosa,
pero despues... ¡suerte adversa!...
sólo ví llamas... ¡Dios mio!

ABATE. ¡Valter!

PROCUR. Pero decid, ¿era

de vuestra madre enemigo?

ABATE. Señor magistrado, envuelta
mi razon de esta desgracia
en las opacas tinieblas,
percibe un rayo de luz.
En efecto, la presencia
de ese hombre debe ocultar
alguna trama siniestra.
¿Os dignareis permitirme,
si os merezco una completa
confianza, hablar á solas
con Teresa?

PROCUR. Aunque no fuera
un derecho que ese augusto
carácter me representa,
gustoso lo aprobaria.
No participo de vuestras
esperanzas, pero haré
lo que gustais.

CÁRLOS. La violencia
de mi dolor no me quita
la conviccion; como quiera
que sea, la salvarémos...
No dudo de su inocencia.

(Cárlos y el Procurador salen por el foro.)

ESCENA VII.

EL ABATE.

¿Salvaré á esa desgraciada?
¿Podrá lograr mi firmeza
que pura é inmaculada
se levante con nobleza
quien hoy se ve despreciada?
¿Qué luz guia mi intencion

en tamaña oscuridad?
No halla arbitrio mi razon
para indagar la verdad
en tan terrible ocasion.
Ella viene.
(Brigida conduce á Teresa: el Abate va á recibirla, retirándose la primera.)

ESCENA VIII.

EL ABATE.—TERESA.

Abate. Sin recelo
acercaos.
Teresa. ¡Ay de mí,
señor!
Abate. Sírvaos de consuelo
la omnipotencia del cielo,
y no os aflijais así.
Es preciso que me hableis
con sinceridad.
Teresa. Señor,
estar seguro podeis,
ya que mi alma conoceis
como yo... tal vez mejor.
Abate. Me consta vuestra inocencia,
mas quiero hasta la evidencia
probarla, para que en vos
se ostente el poder de un Dios
que nunca al justo sentencia.
Circunstancia muy fatal
se presenta en el suceso
de ayer noche, y esto tal
que pudiera en el proceso
ser prueba muy capital.
Saliais del aposento

casi en el mismo momento
que el crímen se perpetró.
¿Qué ibais á hacer allí?

TERESA. ¡Oh!...
¡qué recuerdo!... Estadme atento.
Al horroroso fragor
que causó el rayo al caer
salgo transida de horror...
¡Qué espectáculo, señor,
mis ojos pudieron ver!
Del fuego la llama ardiente
el pabellon envolvia
bajo una cúpula hirviente,
que en remolino creciente
sus paredes consumia.
En tal peligro empeñada
viendo yo á mi bienhechora,
corro á su cuarto espantada...
y la encuentro asesinada
por una daga traidora.
Me acerco, y en mi estravío
saco aquel acero impío;
mas ya no era tiempo, no...
lo restante, padre mio,
lo sabeis mejor que yo.

ABATE. ¿Luego era vuestra intencion
salvarla?

TERESA. Y hubiera sido
feliz si en tal ocasion
mi sangre hubiera podido
dar vida á su corazon.

ABATE. Bien, alentad, hija mia;
¿cuando llegasteis aquí
visteis si alguno os seguia?
Hace un instante lo oí
asegurar á porfía.

TERESA. Sí, señor; mas ignoraba
que alguno visto lo hubiera.
Fué Valter. Yo me encontraba
recogida... ¡ ay Dios!... lloraba
viéndome de tal manera
abandonada; despues
siento ruido, y dél en pos
una voz con interés
llama; pregunto quién es
y me contesta que vos.
Gozosa porque á mi lado
estabais, bajo veloz
y me encuentro á ese malvado.
¡Oh! nunca me hubo inspirado
repugnancia tan atroz.
¡Yo, infeliz, me estremecia,
él se quiso aprovechar
de mi angustia y agonía
para hacerme abandonar
la granja en su compañía!
El horror de tal propuesta
entonces fuerzas me presta,
reanimando mi valor,
y mi audacia es quien contesta
á la audacia del traidor.
Al ver mi actitud tranquila
y mi energía creciente,
ira su labio destila,
y lanza de su pupila
un fuego fosforescente.
Jura mi muerte; aturdida
quiero huir, mas perseguida
de cerca caigo de hinojos,
y ya veian mis ojos
brillar la daga homicida.
Cuando mi angustiado acento

que la gente despertó,
le obligó á cambiar de intento
y con ademan sangriento
de mi vista se ocultó.

ABATE. ¿Valter os ha amenazado
anoche?

TERESA. Jurarlo puedo.

ABATE. ¿Pero por qué ese atentado
no habeis antes declarado?

TERESA. ¡Ah, señor, tenia miedo
de venderme!

ABATE. ¿Cómo así
conciliar tan diferentes
circunstancias? Hay aquí
datos y hechos elocuentes
que discordan entre sí!
¿Vuestro cuarto dónde estaba?

TERESA. Era el mismo que ocupaba
la Marquesa, y con afan
le abandoné al decir Juan
que la señora llegaba.

ABATE. ¡Cielos!... Con que ese aposento...
y Valter... ¡Dios soberano!...

TERESA. ¿Pero cuál es vuestro intento?

ABATE. No me dejes de tu mano
y alumbra mi pensamiento.
Dispuesto á coger la trama
de tan terrible incidente
acudo á tí, Dios clemente...
Tu luz celestial derrama
sobre mi caduca frente.
Y vos, Teresa, hija mia,
rogad á Dios que me inspire
para abatir la falsía,
y para que el mundo admire
su inmensa sabiduría.

El cielo con interés
os librará del error...
rogad, sí, con gran fervor
como rogaba Moisés
ante el trono del Señor.

(Teresa cae arrodillada: á su lado el Abate dirige sus manos al cielo. El Procurador aparece por el foro y se detiene admirado. Se oyen tiros y gritos tumultuosos. Teresa se levanta espantada.)

ESCENA IX.

DICHOS.—EL PROCURADOR.—JUAN.—BRIGIDA.—ALDEANOS.

VOCES. (Dentro.) ¡Victoria, victoria!... es nuestro!
TERESA. ¡Gran Dios!
PROCUR. ¿Qué tumulto es ese?
JUAN. Señor magistrado, ya
le tenemos, aquí viene.
PROCUR. ¿Quién es?
JUAN. El hombre que anoche
vió el señor Bernard tan terne
haciéndose el distraido
y saltando las paredes
de la granja.
TERESA. ¡Valter!
BRIGIDA. No
sé quién es, mas traza tiene
de pícaro.
ABATE. ¿Está arrestado?
JUAN. Sí, señor; no sin que hiciese
resistencia; ha disparado
dos pistolas... ¡que si quieres!
Por poco suelto los perros
como si fuera una liebre.

¡Válgame Dios y qué fuerzas!
Se conoce que es un peine...
Con que ahora decid en dónde
le hemos de poner.

PROCUR. Traedle
aquí al instante; que nadie
le pregunte, ni conteste
á lo que él diga.

JUAN. Está bien.
No es hombre con quien se puede
entrar en conversacion.

PROCUR. Pronto, pronto.

BRIGIDA. No te acerques,
Juan, no tenga otras pistolas
y hecho una estátua te deje...
Id todos con mi marido (*A los aldeanos.*)
por si acaso algo sucede...

ESCENA X.

EL PROCURADOR.—EL ABATE.—TERESA.—
BRIGIDA.

ABATE. La prision de ese malvado
en instante tan solemne
en que acabo de adquirir
más datos sobre la muerte
de anoche, viene á probar
los misterios con que á veces
la Omnipotencia divina
sus sábios decretos tiene
envueltos. Más que esperanzas
de triunfo mi alma posee,
y si asistir me dejais,
señor magistrado, á este
interrogatorio, creo

que lograré eficazmente
contribuir á que triunfe
la buena causa.

PROCUR. Merece
vuestro augusto ministerio
mi confianza ; además pueden
vuestras luces y esperiencia
de gran utilidad serme
en tan misteriosa causa.

ABATE. Gracias; mandad que se lleven
á Teresa.

PROCUR. Bien; al punto (A Brigida.)
id con ella.

BRIGIDA. ¿Que la encierre
será bueno?

ABATE. Yo respondo,
no es necesario.

PROCUR. Ya viene...

(Brigida y Teresa salen por la derecha. Gran ruido anuncia la presencia de Valter, que aparece por el foro resistiéndose á Juan y á los aldeanos y guardas que le rodean y le empujan. Su traje está en el mayor desórden, y su rostro espresa la completa turbacion de su alma.)

ESCENA XI.

EL PROCURADOR.—EL ABATE.—CÁRLOS.—
VALTER.—JUAN.—CRIADOS.—GUARDAS.—ALDEANOS.

JUAN. (Empujando á Valter.)
Vamos adelante y chito...
que obedezcais es mejor.
El señor Procurador
del Rey está allí... Maldito!
(Retrocediendo asustado ante una mirada de Valter.)

VALT. Estraño mucho á fe mia

que se ultraje á un hombre honrado
delante de un magistrado
cuando evitarlo debia.
¿Con qué derecho especioso
se me arresta?... ¡es singular!...

PROCUR. Con el que me hace velar
por el público reposo.

VALT. ¿Y acaso yo he pretendido
turbarle, ni me entrometo?...

PROCUR. ¿Cómo os llamais? ¿Con qué objeto
aquí os habeis dirigido?

VALT. Mi nombre es Valter; nací
en Ginebra; soy letrado.
Tengo, señor magistrado,
familia y bienes allí.
Un negocio de valía
reclamaba mi presencia
ayer, en la residencia
de la Marquesa, y volvia.

PROCUR. ¿Por qué, pues, para escapar
resististeis á la gente?

VALT. Yo creo que era prudente
no dejarme maltratar.

PROCUR. Esta noche habeis rondado
la granja.

VALT. Es una impostura:
cruzaba por la espesura
del bosque, y no me he acercado
al pueblo.

PROCUR. La relacion
de dos testigos confirma
lo que mi labio os afirma.

VALT. (Inquieto.) ¿Y esos hombres, quiénes son?

PROCUR. (Señalando á Cárlos.) El señor, y un mayordomo
de la quinta.

VALT. ¡Por mi fe

que nunca en ello pensé!...
Cuando yo á mi cargo tomo
el salvar vuestro apellido
del baldon que le amenaza,
vos quereis con tan ruin traza
vengar vuestro amor herido!
El señor que estaba ayer (Señalando al Abate.)
en la quinta, puede hablar
libremente y condenar
ó aplaudir mi proceder.
Ahora, respecto al señor
Marqués, por Dios, no me estraña
verme objeto de su saña.
Es natural en rigor
que me crea el enemigo
de una mujer á quien he hecho
sentenciar, y en su despecho,
á falta de otro castigo,
me acuse.

PROCUR. (Vivamente.) ¿A vos?

ABATE. (Al Procurador.) ¡Oh! callad.
Proseguid; haceis muy bien
vuestra defensa; mas quién
os ha dicho á la verdad
que os acusan? ¿De qué suerte
sin que os hayais acercado
al pueblo, cual afirmado
lo habeis, supisteis la muerte
que aquí se perpetró ayer?

VALT. Vuestro carácter austero
respeto, mas de él infiero
que os apartais, al hacer
tal pregunta.

PROCUR. Contestad,
os lo mando.

VALT. Pues bien, yo

por la voz que se esparció
he sabido la verdad.

PROCUR. ¿De noche y en la espesura
de un bosque? ¡Raro es, por Dios,
que así llegase hasta vos
el rumor de la aventura!

VALT. Los hombres que me han traido
hasta aquí, dijeron...

JUAN. Miente,
pues ni él preguntó á la gente
ni nadie hablarle ha querido.
Y en prueba, ved que no sabe...

ABATE. Silencio.

JUAN. Bien, ya me callo.

ABATE. (Al Procurador.) Antes de dictar el fallo
en un asunto tan grave,
permitidme... (Escribe en un libro de memorias.)

VALT. (¿Qué irá á hacer?
Acaso un lazo me tiende
para ver si me sorprende...
yo le sabré deshacer.)

(El Abate presenta el libro al Procurador.)

PROCUR. Muy bien. ¿Con que no ignorais
que Teresa ha perecido
asesinada?

JUAN. (A Brigida.) ¿Has oido?...
¡Teresa!

PROCUR. (A Juan.) No interrumpais.

VALT. No hay que estrañarse á mi ver
ni manifestar sorpresa.
Todos saben que Teresa
pereció en la granja ayer. (Movimiento general.)

ABATE. Basta; señor magistrado,
por lo que acaba de hablar
no vacilo en señalar
como autor del atentado

á Valter.

PROCUR. Tened presente...

ABATE. No ignoro el atrevimiento
de este paso, pero siento
aquí una voz elocuente
á cuya fuerza me inclino;
es la voz de mi conciencia
que en ese hombre me evidencia
un miserable asesino.
Os pido en primer lugar
que de él os asegureis
al punto, y no le dejeis
con nadie comunicar.
Y ahora, si me oís, señor,
fuera de aquí, un solo instante
á probar será bastante
su crímen, su ciego error.

VALT. Creo, señor magistrado,
que por tan vana asercion
no me hareis la sinrazon
de tenerme aquí encerrado.
Ninguna sospecha indicia
que yo sea...

PROCUR. Os engañais,
Valter; acusado estais,
y yo debo hacer justicia.
Cíerrese al punto la puerta
de esta sala y nadie osado
penetre aquí.

JUAN. No hay cuidado
ninguno; yo estaré alerta.
Si me hace alguna mamola
le tumbo como un conejo.

BRIGIDA. Juan, no arriesgues el pellejo,
que si tiene otra pistola...

JUAN. Que la tenga!... ya me indigna

el verle... ¡ Por San Jacinto !... (Amenazándole.)

Brigida. ¡ Pero, ay Dios ! ¡ qué laberinto !...

Juan. Vamos, vete... es mi consigna.

Abate. En fuerte trance me obligo;
mucho arriesgo, ya lo sé,
mas no vacila mi fe
puesto que Dios va conmigo.

(Todos los aldeanos y criados se marchan por el patio. El Procurador del Rey, el Abate, Cárlos y Juan salen los últimos, este despues de mirar á Valter cierra la puerta con llave.)

ESCENA XII.

VALTER.

¡ No acierto á comprender lo que me pasa !
¿Va á hacérseme enemiga la fortuna ?
¿ Cómo á acusarme ese hombre se propasa
si no he hecho yo revelacion alguna ?
¡ Mi trage algun indicio le habrá dado ?
¡ Sangre habrá visto en él !... No, no; deliro.
¡ Ah ! papeles tal vez que he estraviado !...

(Se registra precipitadamente y saca los papeles, cayendo al suelo uno ó dos ; al observarlo se arroja con avidez sobre ellos, examinando la estancia con estraviados ojos antes de levantarlos.)

Aquí están, nada falta... al fin respiro.

(Guarda los papeles en el pecho.)

¿Por qué con ese acento vigoroso
hijo de la evidencia
el Abate me acusa ? Sospechoso
mi lenguaje no fué ni mi apariencia.
Es un lazo no más, lo he conocido!
Tratan de sorprenderme con ficciones
para que arrepentido
cediendo á sus razones
mi desventura llore,

confiese el crímen y el perdon implore.
Creen que á un corazon como el que alienta
aquí en mi pecho, fuerte y acerado,
como á un hombre vulgar se le amedrenta...
No soy yo tan menguado
que me vaya á entregar como un cordero
en las garras del tigre carnicero.
No hay pruebas; aunque Cárlos mi enemigo
declare haberme visto, negar debo.
Teresa, que fué el único testigo
del crímen, ya reposa
bajo la fria losa, (Con ironia.)
y no abandonará su sepultura
sólo para probarme la impostura.
Audacia y triunfaré; ya la partida
con mi destino fiero está empeñada;
arriesgo libertad, fortuna y vida
si sucumbo en mitad de la jornada.
Ya el crítico momento
llegó... me sobran corazon y aliento.

ESCENA XIII.

EL PROCURADOR.—EL ABATE.—CARLOS.—VALTER.—BERNARD.—JUAN.—BRIGIDA.—CRIADOS.
ALDEANOS.

(Los guardas salen por ambos lados y guarnecen el teatro: Juan, los criados y aldeanos por la puerta lateral; por la opuesta el Abate, el Procurador, Cárlos y Bernard. El Abate señala al magistrado la puerta del fondo que está cerrada. Todos se acercan y Valter, que afecta un gran sosiego, se encuentra en presencia del Abate y el Procurador.)

VALT. (Quieren intimidarme neciamente.)
PROCUR. Valter, oid: de un crímen se os acusa,
de un terrible y atroz asesinato

que ha sembrado el espanto y la amargura
en la comarca. Mil indagaciones
de vuestra vida á la justicia ilustran,
y con voz elocuente me revelan
que sobre hechos palpables hoy se funda
la acusacion. A la justicia humana
no podeis engañar, pero sin duda
aplacareis la cólera celeste,
si confesar el crímen no rehusa
vuestra voz.

VALT. (Señalando al Abate.) El señor, hace un momento
por vos me hablaba en nombre de la augusta
justicia humana; vos por él ahora
con una idea, que penetro en suma,
me recordais la cólera celeste...
que no temo, pues no la ofendí nunca.
Sin detenerme á averiguar un punto
si es prudente, legítima y aun justa
la acusacion, con sólo una palabra
voy á satisfacer vuestra pregunta:
no estaba yo en la granja cuando el crímen
se cometió, y ninguno esa impostura
puede probar.

BERN. Declaro que os he visto.

CÁRLOS. Yo mismo os perseguí ciego de furia
anoche con las armas en la mano.

VALT. ¿Con armas?... bien; en noche tan oscura
para reconocer á una persona
preciso era estar cerca, y fué ya mucha
vuestra piedad no usando de esas armas...
Por lo demás, conozco de esa absurda
acusacion la causa, y mi desprecio
merece nada más quien me la imputa.
Apelo á cuantos ahora me rodean.
¿Hay alguno que anoche por ventura
me haya visto en la granja?... examinadme.

Callan, lo veis? No hay nadie ni ninguna
circunstancia que pueda acriminarme.
Todos con su silencio lo aseguran.
Y porque un vil criado á quien pagaron
para mentir, y un hombre á quien ofusca
su amorosa pasion, que en su delirio
tras de fantasmas, insensato, cruza,
pretenden sostener una quimera,
¿de tan villano crímen se me acusa?
Por lo que hace al señor, cuya eficacia
(Señalando al Abate.)
harto indiscreta es ya, si no formula
su acusacion famosa de otro modo,
y aduce pruebas que deshagan dudas,
diré que es tan ridículo su acento
como imprudente y necia su conducta.
Y para darle una leccion muy útil
que á obrar le obligue con mayor cordura,
ante los tribunales á exigirle
voy la reparacion de tal calumnia.

ABATE. Yo os emplazo primero, miserable,
ante un tribunal santo, á quien no turban
vanas declamaciones; os emplazo
ante un Dios vengador que mira y juzga
sin necias confesiones del culpado,
pues ve su corazon desde la altura.
En silencio prepara su castigo
y en el instante en que el malvado triunfa
estalla su justicia soberana
como la nube donde el rayo oculta,
y viene á confundir su torpe audacia
y á humillar su soberbia y su locura.
Ya se aproxima tan fatal momento...
Vuestra conciencia, cuya voz robusta
no podeis desoir, os lo previene...
Si la justicia humana fuese nula

para alcanzaros, un poder más alto
que el terrenal franqueará la tumba,
y vereis levantarse á vuestra víctima
pálida, ensangrentada, que desnuda
el hierro impío que en su seno hundisteis;
su acento que apagó la muerte injusta
tonante se alzará para acusaros.

VALT. ¡Yo!... (Turbado.)

ABATE. ¡Vos, sí; temblais!... es que os asusta...

VALT. Tiemblo... de indignacion. (Afectando tranquilidad.)

ABATE. No, no; es espanto
el que aparece en vuestra faz convulsa;
es que ya presentís esa justicia
que hace el malvado objeto de su burla,
mas que despues del crímen le anonada.
Invocadla vos mismo, y si no hay culpa
en ese corazon, ahora apelemos
al tribunal de Dios que aquí os escucha.
El cuerpo de la víctima reposa
allí en un ataud; id, si os ayuda
el valor, y veamos de qué modo
contemplais sus facciones sin pavura;
si su vidriosa y cóncava mirada
sostienen vuestros ojos, sin que la huyan;
si los sangrientos pliegues del sudario
en vos no causan emocion ninguna;
si os atreveis sobre su cuerpo inerte
á estender vuestra mano, y con bravura
sobre el vil asesino la venganza
á invocar del Señor, que os ve y os juzga...
(Movimiento de Valter.)
¿Temblais?... ¡ah! ya comprendo; si lo hicierais,
seriais inocente; pero os turba
la conciencia.

VALT. No... voy... (En el mayor desórden.)

ABATE. (Con solemnidad.) Tened presente

que á Dios no engañareis con torpe astucia,
y que os está mirando.

(Todos se apartan: Valter avanza hasta la puerta del fondo parándose varias veces, y esforzándose en disimular su turbacion. La puerta se abre y aparece Teresa, pálida y desmelenada señalando á Valter, quien retrocede espantado y luego se arrodilla.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. — TERESA.

VALT. ¡Dios piadoso!...
¡Aparta, sombra horrible!... lo confieso:
yo soy tu matador, soy tu asesino;
mas no con ademan tan espantoso,
cuando á tus piés me inclino
castigues mi impudencia...
ahí las pruebas están de tu inocencia.

(Arroja los papeles).

TERESA. Ya lo veis, padre mio, no mentia...
Sostenedme...

(El Abate, el Procurador y Brigida la rodean.)

VALT. (Levantándose despavorido.)
¡Gran Dios! qué es lo que he oido!
¡Respira!

ABATE. El insensato se ha vendido.

VALT. ¿Quién de mi saña impía
es la víctima pues?... á quién he herido?

CÁRLOS. Mi madre fué, maldito!...
¡Tu sangre de su vida me responda!

(Va á arrojarse sobre Valter. El Procurador le detiene.)

PROCUR. Llevadle prontamente donde esconda
su vergüenza y espie su delito.

(Los guardas se llevan á Valter. Bernard y Juan recogen del suelo los papeles y se los entregan al Procurador.)

ABATE. Y vos, Teresa, tan inicuamente
y de tan vil manera perseguida,

dad gracias al Señor Omnipotente
que os devuelve fortuna, honor y vida.
Reconoced en esta infortunada,
cuyo dolor hoy cesa,
á la hija de la noble baronesa
de Gracia, vindicada
por voluntad del cielo,
que no abandona nunca al que le implora
postrado con fe ardiente,
ni al pobre penitente
que en silencio sus lágrimas devora.
¡Ay de aquel que en el cielo
no busca su alegría y su consuelo!

FIN.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada. Madrid 6 *de Mayo de* 1863.—El Censor de Teatros, Antonio Ferrer del Rio.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

CUESTA, Carretas, 9.
MOYA Y PLAZA, Carretas, 8.
DURAN, Carrera de San Gerónimo.

En la Administracion, Jacometrezo 17, bajo derecha.

PROVINCIAS.

Albacete	D. Sebastian Ruiz.
Aguilar de la Frontera	Pablo del Pino.
Alcoy	José Martí.
Alicante	Pedro Ibarra.
Almería	Mariano Alvarez.
Badajoz	Francisco Diaz.
Barcelona	Juan Oliveres.
Idem	Sucesor de Mayol.
Bilbao	Tiburcio Astuy.
Búrgos	Timoteo Arnaiz.
Cáceres	José Valiente.
Cádiz	Verdugo, Morillas y cpª.
Cartagena	Antonio Muñoz García.
Ciudad Real	Viuda de Gallego.
Ciudad-Rodrigo	Pedro Tejeda.
Córdoba	
Coruña	José Lago.
Cuenca	Pedro Mariana.
Écija	Julio de Giuli.
Gijon	Señores Crespo y Cruz.
Gerona	Francisco Dorca.
Granada	Gerónimo Alonso.
Habana	José María Abraido.
Huelva	José Vicente Osorno é hijo.
Jaen	Manuel Sagristá.
Jerez de la Frontera	José Bueno.
Leon	Manuel Gonzalez Redondo.
Lucena	Juan Bautista Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol y hermano.
Málaga	José Garcia Taboadela.
Idem	Cárlos Manuel Gomez.
Manila	

Murcia	D. José Riera y Rue
Oviedo	Bernardo Longor
Orense	José Ramon Pere
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Pedro José Gelab
Pamplona	Regino Bescansa.
Pontevedra	J. Buceta, Solla y
Puerto de Santa María	José de Valderran
Puerto-Rico. Mayagues	José Mestre y To
Reus	Jaime Prius.
Ronda	Rafael Gutierrez.
Salamanca	Rafael Huebra.
San Sebastian	Sres. Domercq y
Santa Cruz de Tenerife	
Santiago	Bernardo Escriba
Segovia	Eugenio Alejandr
Sevilla	Hijos de Fé y com
Santander	Fabian Hernandez.
Soria	Francisco de P. R
Talavera de la Reina	Angel Sanchez de
Tarragona	Miguel Font.
Toledo	José Hernandez.
Valencia	Francisco de P. Na
Valladolid	Hijos de Rodriguez
Vitoria	Bernardino Robles.
Villanueva y Geltrú	
Vigo	Miguel Fernandez
Zamora	Manuel Conde.
Zaragoza	Melchor Lac.